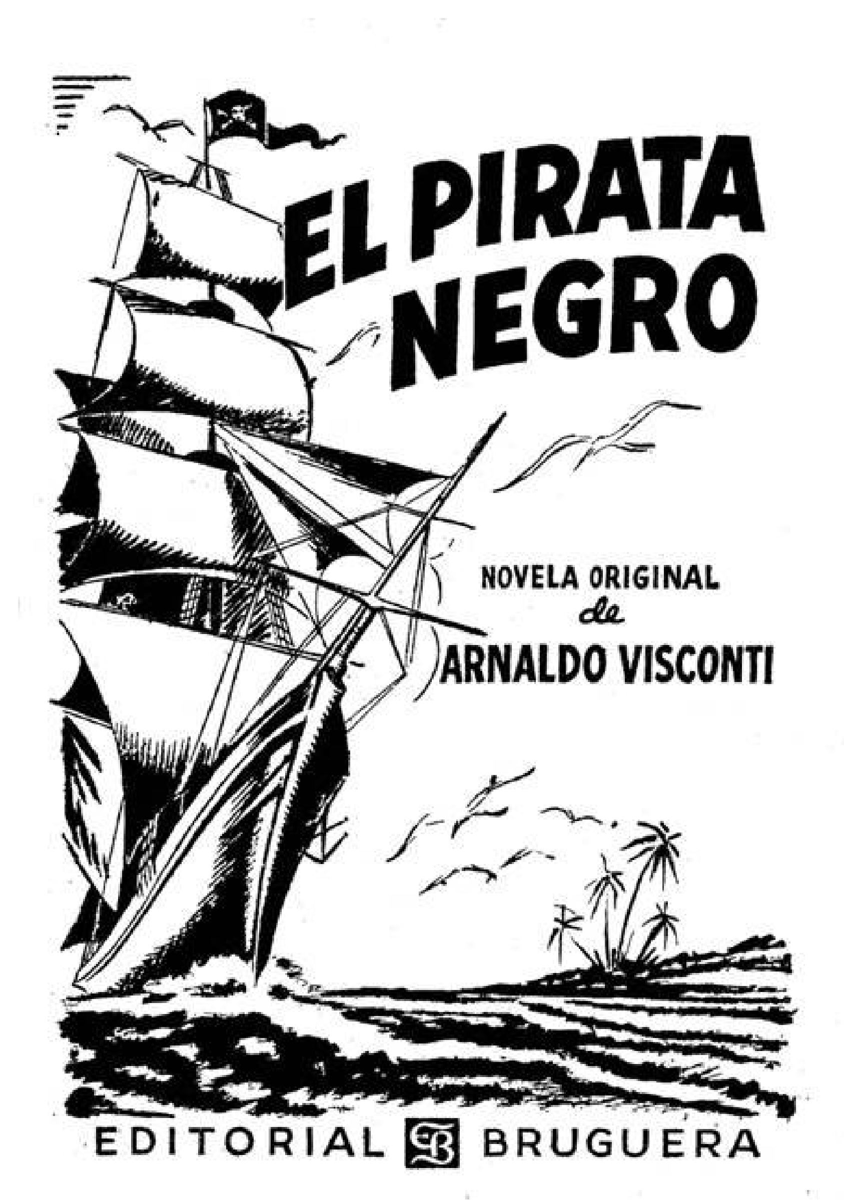
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por ARNALDO VISCONTI

LA FORTALEZA SITIADA

3'50 PTAS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La fortaleza sitiada

Colección El Pirata Negro n.° 69

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


La FORTALEZA
SITIADA

PROLOGO

Con el acre aroma de la selva ecuatorial, cárcel de bosques en laberinto, se mezclaba el vaho espeso que ascendía del suelo requemado.

Un verde moscardón, de irisadas alas cartilaginosas, zumbaba con irritante monotonía...

Amodorrado, un negro gigantesco y hercúleo, apoyado contra el grueso tronco de un baobab, fué resbalando lentamente hasta quedarse dormido, con la barbilla apoyada en el ancho pecho.

El moscardón se posó sobre el hombro del negro. No le despertó del sopor la picadura cruel del venenoso parásito, sino la inconsciente inquietud de sentirse observado con insistencia.

Giró el blanco globo de los ojos en la negra faz y al ver quién era el que en pie, frente a él, le estaba contemplando con sonrisa sardónica, el negro tendió las manos, implorante:

—¡No lo haré más, "Massua" Slack!., Estaba cansado...

—Te nombré capataz, para que vigilases el trabajo de los otros. Te previne, que si no cumplías...

El tono era suave, casi benévolo, pero el capataz sabía quién era Fergus Slack y un estremecimiento de terror contrajo sus potentes músculos.

—Eres un perro perezoso y aquí no me sirves—siguió diciendo, amablemente, el inglés—. Además, te voy a favorecer con un rasgo humanitario. Te ha picado una *múriqui* y no vales el gasto que supondría trasladarte al poblado más cercano.

El negro se incorporó a medias, fascinados sus ojos por el lento movimiento de la mano derecha del blanco, que parecía gozar asistiendo al mudo pavor del capataz.

Desesperado, enloquecido, se abalanzó... pero dió sólo dos

pasos. Un cuchillo, de ancha hoja, y mango pesado, silbó lanzado por la experta mano de Fergus Slack, y vibrante, desapareció hasta la empuñadura en el pecho del negro, bajo la tetilla izquierda.

Vaciló el atlético capataz, dió un traspiés y arañando y mordiendo el suelo, en el estertor de la agonía, mezcló su cálida sangre roja con la cálida tierra pardusca.

Contempló Fergus Slack con indiferencia su agonía, y cuando el cuerpo del negro se inmovilizó para siempre, Fergus Slack le dió vuelta con el pie, quitó el cuchillo de la ancha herida mortal y lo limpió en el taparrabos del cadáver. Cuando deslizaba el arma dentro de su funda, que tenía sujeta a su amplio cinturón de cuero, volvióse rápidamente y se enfrentó con tres negros que, cargados los hombros de fardos de algodón virgen, se habían detenido mirando atemorizados el cadáver del capataz, tendido cuan largo era.

—Miradlo bien. Así haré con quien crea que en mi factoría admito perros perezosos.

Aproximóse a uno de los tres absortos y asustados cargadores y palpó brutalmente su musculatura.

—Tú mismo, Nassa. Tú mismo vas a substituir a esta carroña. Ya sabes: tú me respondes del trabajo de los otros. Y si te cansas de vivir, no tienes más que dormirte en las horas de trabajo. "¡Ale, hop!". ¡A trabajar!

Los tres cargadores desaparecieron rápidos y en su íntimo ser, desearon mil muertes a "Massua", "el inglés maldito".

Pero ninguno se atrevía a ser el brazo ejecutor. El blanco era cruel, inhumano, pero también era imposible cogerlo desprevenido. Además, les infundía un temor casi místico el hecho de que, cuando con el rostro congestionado por el exceso de brandy Fergus Slack salía de su cabaña rodeada de alambre de espino y se mezclaba entre ellos, parecía desafiarles llegando sin pistola y sólo con él cuchillo pendiendo del cinto.

En aquella factoría interior de la vertiente norte de la cordillera de Tamany´s Roaw en la Guayana inglesa, muy pocos blancos habían podido permanecer más de unos meses.

Por ello, la compañía inglesa de Mercaderes Unidos no se preocupaba de indagar el comportamiento del semisuicida que se presentaba para hacerse cargo de la administración de aquel puesto

perdido entre las tribus de los hanssa y los jíbaros, que hacían frecuentes incursiones sangrientas, cortando cabezas y regresando inmediatamente a sus selvas infranqueables.

Fergus Slack era dueño y señor de treinta esclavos africanos, que, incesantemente, producían un esfuerzo agotador, acuciados por la constante amenaza de armas que con facilidad herían, manejadas diestramente.

Algún negro había intentado huir, pero pronto había regresado, laceradas sus piernas, por las mordeduras implacables de los dos dogos monstruosos que Fergus Slack tenía por amigos, confidentes y guardianes.

Cuando los últimos destellos fugaces del abrasador sol se confundieron con los grisáceos resplandores de la rápida noche ecuatorial, Fergus Slack se cercioró de que los veintinueve obreros de ébano, quedaban encerrados en el estrecho y oblongo cobertizo que les servía de dormitorio, comedor y cárcel.

Dió unos cuantos golpes en los sólidos cerrojos exteriores y convencido de su resistencia, silbó a los dogos que husmeaban en rededor del cadáver del capataz.

Acudieron veloces los dos perros y acompañaron, sumisos, a su dueño hasta la cabaña que se erguía como un palacete lacustre, sobre fuertes pilotes.

Los dogos se tendieron a ambos lados de la puerta, en la galería cubierta que rodeaba la reducida habitación de Fergus Slack.

Media hora después, salía Fergus Slack, dejando sobre la mesita de la galería un frasco achaparrado y una copa, y acercando a la mesa una silla de remates curvos que servían para balancearse en ella, la ocupó.

Uno de los dogos vino a posar su cabezota enorme sobre la desnuda rodilla del blanco.

Y Fergus Slack, como otras noches, lo tomó por un discreto y reservado confidente que nunca criticaba ni pretendía aconsejar.

—Buen perrazo, buen perrazo. Temes a mi látigo y lames la mano que lo empuña. Esta es la táctica del que quiera sobrevivir: enseñar los dientes y morder siempre, antes que ser mordido. Negros y blancos: todos lo mismo. Un montón de carne temerosa...

Y se sirvió una espléndida ración de brandy. Al alzar la copa, sus ojos acerados se contrajeron, reduciéndose a la mínima expresión y,

a través de la estrecha rendija que formaban sus párpados, escrutó atentamente la parte más alejada de la explanada que se extendía ante su cabaña.

Creyó haber visto moverse una sombra por entre los matorrales que crecían tras las vallas de espinos...

Apoyó negligentemente la mano sobre la culata de su pistola: claramente acababa de percibir un cuerpo humano, que parecía arrastrarse por la parte exterior.

Y aunque amortiguadas por la distancia, llegaron perfectamente claras a sus oídos las tres palabras pronunciadas con el más puro acento británico:

—*¡Heló! ¡Quickly, gentleman!*

Podía ser un ardid destinado a atraerlo, pero ningún negro, ningún haussa y mucho menos ningún jíbaro era capaz de pronunciar tan británicamente las palabras: "¡Socorro! ¡Apresuraos, caballero!".

Y Fergus Slack sonrió. Era curioso que le llamasen "caballero". Nunca nadie se equivocó en este aspecto.

Acortó con la mano izquierda las dos correas de los dogos y sin soltar el tranquilizador contacto de la culata, avanzó hacia las alambradas.

Un blanco, vestido como él—pantalón de recia tela hecha jirones, camisola y altas y anchas botas—, estaba tendido cara al suelo, respirando fatigosamente.

EI pelo rubio entrecano, revuelto y sudoroso, los desgarrones que llevaba en la ropa y una mancha sanguinolenta en el hombro derecho, demostraban que no traía propósitos amenazadores, sino que llegaba en busca de ayuda.

Cuando el desconocido vió el rostro anguloso de Fergus Slack inclinado sobre él, sonrió dolorosamente, y como si la visión de un ser de su propia raza le hubiera distendido los nervios, agotado, perdió el conocimiento.

En el interior de su cabaña, Fergus Slack depositó sobre su propio camastro al herido.

Desgarró la camisola y con un paño empapado en brandy, restañó la herida, limpiando los bordes llagados de la carne abierta.

Era una herida ancha, poco profunda, y Fergus Slack reconoció en ella la huella de un ancho cuchillo de los que usaban los negros

esclavos de confianza, para ir cortando las lianas que estorbaban el paso de los cargadores.

Mojó en agua otro paño, y lo aplicó sobre la herida. Sentándose al borde del camastro, estudió al desconocido.

El rostro bronceado, de azules ojos y boca grande, tenía multitud de pequeñas arrugas.

Calculó Fergus Slack su edad en unos cuarenta años. Pero detúvose su inspección en el cinto que sujetaba el calzón del desconocido.

Aquel cinto tenía un grosor anormal, irregular. Palpando suavemente por encima del cuero, pudo Fergus Slack apreciar ciertas protuberancias, como si en su interior encerrase unas pequeñas piedras.

Agitóse el desconocido y cuando abrió los ojos, vió a Fergus Slack inclinado sobre él, tendiéndole una copa de brandy.

—Bebed, amigo, bebed. Nada tenéis roto, ni estáis en peligro—dijo Slack, jovialmente—. La herida es superficial. Me llamo Fergus Slack. ¿Y vos?

Sentóse el herido en el camastro, apoyándose en el tabique y colocó una mano sobre el paño mojado que le producía un gran alivio en la llagada carne.

—Os agradezco vuestra ayuda, Slack Me llamo Arnold Harley y soy traficante en maderas y marfiles.

Febrilmente apuró el contenido de la copa. Después respiró hondo, y continuó:

—Anualmente hago el recorrido las factorías de las Guayanas, con otros dos compañeros. Cerca del lago Wabdahao nos salieron al encuentro unos *haussas* nómadas y mataron a mis dos compañeros. Conseguí escapar y, como conocía el emplazamiento de este puesto avanzado que, según mis informes, estaba regido por un compatriota mío, fui arrastrándome a medias y corriendo a instantes, hasta que por fin... No sé cómo he podido llegar...

—No penséis más en ello, Harley. Ya estáis a salvo y seguro, y aquí no se acercan los nómadas si no es para comerciar. ¿Decís que traficáis en maderas y marfiles?

Arnold Harley percibió un matiz de sarcasmo en la entonación de la pregunta, e irreflexivamente, llevó su mano al cinto.

Fergus Slack estalló en una carcajada francamente jovial,

exuberante de campechanía.

—Madera y marfil, ¿no? Mirad, Harley, si queréis que os ayude habladme sinceramente, ¡qué diablos! Los blancos tenemos siempre que auxiliarnos mutuamente.

—He dicho la verdad. Nos atacaron unos *haussas* nómadas y mata ron a mis dos compañeros y yo soy traficante en...

—Ya sé, ya sé. Pero ¿qué lleváis en el cinto que tanta solicitud os merece? Tenéis el hombro abierto y os preocupa en cambio mucho más la correcta posición de vuestro cinto.

—Son pedruscos cuarzosos. Los cogí porque tenían interés para un amigo mío, naturalista...

—¡Oh, oh, la Historia Natural! Me encanta esta rama del saber humano. ¿Queréis enseñarme esos pedruscos?

Humedecióse Arnold Harley los resecos labios. Estaba, en definitiva, a merced de aquel hombre...

—Compré a buen precio unos diamantes, al reyezuelo de una tribu del interior. Ayudadme vos a llegar sano y salvo a puerto de embarque, y la mitad de lo que poseo será para vos.

—Eso ya es hablar como me gusta.

Hizo una pausa Fergus Slack, para añadir:

—Pero cuanto más tiempo pasemos aquí, menos probabilidades tendremos de llegar a buen puerto con vida. ¿Sois capaz de emprender la marcha ahora mismo?

Arnold Harley asintió vigorosamente con la cabeza, en anhelo de huir, de volver a tierras civilizadas.

—Entonces, Harley, durante la noche viajaremos. Nos será fácil llegar al recodo del río Beryl, que dista sólo unas diez leguas, y allá, con un tronco que desbastaremos, podremos llegar fácilmente a otra factoría, en la cual nos facilitarán escolta, víveres, armas y lancha o caballos.

Se detuvo Fergus Slack, para apoyar el codo en su palma abierta, aplicarse el índice contra la mejilla, como si meditara y de nuevo dejar colgantes los brazos después de unos instantes.

Sonreía ampliamente, con jovial virilidad.

—Me habéis llamado caballero al suplicarme ayuda, Arnold Harley. No debéis, pues, olvidar que es ofender a un caballero, ofrecerle la mitad de vuestros diamantes. O todo o nada...

El asombro más profundo quedó indeleble en el rostro de Arnold

Harley.

Resultaba de un sadismo inimaginable que, a las primeras palabras tan esperanzadoras, siguiese aquel final...

Y quedó el asombro para siempre pintado en sus facciones, porque el cuchillo de Fergus Slack, fué hundiéndose en el corazón de Arnold Harley, coincidiendo con su última frase.

Aquella noche fué una noche de gran trabajo para Fergus Slack,

Prendió fuego a su cabaña sin preocuparse de que el fuego podía propagarse al cobertizo, donde, encerrados, dormían los negros.

Y con el mosquetón terciado en banderola, un saco repleto de víveres sujeto a la espalda por correas y un barrilito, llevó amorosamente en brazos el cadáver de Arnold Harley hasta el claro del bosque, donde yacía el cuerpo del capataz.

Puso en la mano rígida de éste su propio cuchillo y contempló con crítica actitud el espectáculo de los dos cuerpos inmóviles.

Las llamas de la cabaña iluminaban la escena y en voz alta, sardónicamente, Fergus Slack tituló el cuadro:

—Una espantosa tragedia en la selva.

Pensó que la visión de los restos de la factoría con cadáveres calcinados de esclavos, suscitaría aspavientos...

—¡Hasta quizá recen por mí!...

Esta idea le hizo reír con tanto regocijo, que se le saltaron las lágrimas.

Riendo aún sordamente, inclinóse sobre el cuerpo de Arnold Harley, arrancándole el cinto, y vació en el suyo el contenido de los compartimientos interiores.

Silbó admirado: había allí una verdadera fortuna.

Uno de los dogos empezó a aullar de muerte.,. Con rapidez devoradora, las llamas crepitaban mordiendo los maderos del cobertizo.

Los negros esclavos, allá dentro, sintiendo ya la caliginosa proximidad del incendio, gritaron con rugidos de frenético pavor.

Fergus Slack se alejó a grandes zancadas en dirección al recodo del río Wadhabao, donde tenía oculta una lancha transportable, apropiada para salvar los rápidos del turbulento río.

Atrás, dos cadáveres muertos por arma blanca y veintinueve antorchas humanas, pregonaban cuál era el verdadero carácter de Fergus Slack.

Lo que ninguno pudo pregonar, era el origen de la gran fortuna que disfrutaba Fergus Slack, el caballero inglés, establecido en una vasta plantación al Sur del Fuerte Esmeralda.

Desde la noche en que dió muerte alevosa a Arnold Harley, había progresado mucho Fergus Slack.

Cuidaba mucho sus frases, su atuendo y su ilustración. Seguía siendo un apuesto y fornido inglés, de bronceado rostro viril y decidido, peo sólo a instantes reía jovialmente.

Un caballero no debe demostrar demasiada campechanía. Y los oficiales españoles de Fuerte Esmeralda no despreciaban a Fergus Slack, porque éste, aunque comerciase, no era un vulgar mercader.

Era casi un soldado, y era valiente, porque regentaba un centenar de esclavos y dominaba en vasta plantación, contribuyendo con sus productos a abastecer la guarnición de Fuerte Esmeralda.

PRIMERA PARTE

FUERTE ESMERALDA

CAPÍTULO PRIMERO

La manzana de Eva

—¡Ah, no, señoras oficiales! ¡Voto a sanes que no! ¡Por mis barbas que no toleraré ni consentiré que os comportéis como necios galanes disputándose la sonrisa de una dama! ¡Esto era un oasis y ha de seguir así! ¡No y mil veces no; no consentiré que la manzana de Eva actúe como fruto de discordia!

El que vociferaba era un individuo de ancho rostro rubicundo, barbudo y corpulento, vistiendo del uniforme de la infantería española y luciendo los galones de Maestre de Campo en el chambergo, rematado airosamente por desafiante pluma de gallo.

Los que escuchaban, rígidos en marcial postura de firmes, eran una decena de oficiales.

La sala, amplia y provista de armeros y grabados bélicos, era la sala de estandartes.

El Maestre de Campo, Abdón Peribáñez, tomó resuello y continuó bramando:

—¡Esto ha llegado a sobrepasar los límites de lo tolerable! Apenas hace cuatro meses, todos éramos buenos compañeros. Él propio Fergus Slack, merecía de vuestras mercedes, el más cordial trato y acogida en sus frecuentes visitas. Hoy, todos le miráis con enojo.

El Maestre de Campo se cruzó de brazos, hinchados los carrillos, exteriorizando el más vehemente furor.

—¡Voto a sanes que esto ha de cesar! ¡Impondré arresto y nota en su expediente al oficial que neciamente manifieste enojo al caballero Fergus Slack! ¡Impondré degradación al que busque querella a otro! Y ahora, podéis retiraros a vuestra habitación. ¡Pasaré revista de hombres a las doce en punto! ¡Rompan filas!

Uno a uno los oficiales saludaron, dieron media vuelta y

salieron.

Uno de ellos, ostentaba en el rostro la más completa de las estupefacciones.

Había llegado la noche anterior a Fuerte Esmeralda, la fortaleza sita al Note de Quito, fronteriza con Nueva Granada y las inexploradas tierras del caudaloso río Amazonas.

Agotado por el viaje, se había limitado a presentarse al Maestre de Campo, el cual le había dado la bienvenida, señalándole como alojamiento la habitación que compartiría con el alférez Juan Núñez.

Juan Núñez, espigado, rubio y de burlones ojos azules en el juvenil rostro imberbe, penetró en la habitación, cerró la puerta al pasar el "nuevo" y preguntó:

—¿Qué te ha parecido la perorata, García?

—Ha sido una "bronca". Lo que no entiendo es la causa. Habló de la manzana de Eva.

Juan Núñez se tumbó en su litera, y boca arriba, apoyada la nuca en sus manos entrelazadas, suspiró:

—¡Ah! Eva, siempre Eva...

José García imitó al otro, buscando una posición cómoda y con evidente perplejidad, comentó:

—La alusión bíblica no la entiendo. Yo estaba de guarnición en Riobamba. Me enviaron aquí, porque hacía falta un oficial. Me dijeron que había doble paga, porque Fuerte Esmeralda era guarnición por dos años y no había posibilidades de galantear, ya que ninguna dama encontraría aquí. Esta es la guarnición de los solteros. Todos los que se enrolan para servir por dos años consecutivos en Fuerte Esmeralda deben ser solteros.

—Ese es el mal—suspiró, de nuevo, Juan Núñez.

—Francamente... No entiendo nada de nada.

—Yo te explicaré, novato. Hace cuatro meses llegó a esta fortaleza el dulce peligro. El gobernador de Santa Fe de Bogotá, enviaba como huéspedes de honor... ¿a quién te figuras tú?

—Ni idea.

—¡A dos bellísimas criaturas pertenecientes al nunca jamás bastante alabado y adorado sexo tierno!

—¡Vaya broma pesada!—lamentóse José García.

Incorporóse Juan Núñez para mirar con recelo al nuevo Oficial

de la guarnición de Fuerte Esmeralda.

—¿Por un acaso eres tú un amargado detractor de la sin par delicia, de la más bella creación del universo?

—¿Yo?.. ¿Qué dices que soy?

—Te pregunto si eres de esos listos que dándoselas de muy vividos dicen pestes de la única delicia humana: ¡la mujer!

El alférez Juan Núñez tenía veinte años. El alférez José García veintidós.

Pero ambos adoptaban un continente sesudo.

—¿La mujer?—baló José García—, ¡Muerte y exterminio contra todo bicho que mal hable de ella!

—Ah, bueno—serenóse Juan Núñez, martirizando los escasos pelillos que sombreaban su labio superior. Tiraba de ellos con la secreta esperanza de que crecieran pronto.

José García, sinceramente, y también para congraciarse la amistad de, su compañero de alojamiento, sentenció:

—Tan grave error comete, el maduro maldiciendo por desengaños, como el adolescente, por temor.

Juan Núñez sintióse interesado.

—Aclara, novato.

—Los hombres ya fogueados en varias lides amorosas, afirman que la mujer es la pérdida del sentido y que cuando se recupera el sentido, comprenden que no hay ilusión que perdura. Y por eso hablan mal de ellas, aunque siempre las acosan. Los adolescentes, por ignorancia, afectan menospreciarlas, tratando de ser rudos. Pero el que está en la cierto, es el que, como yo, adora a la musa inspiradora de toda belleza que es la mujer.

—Bueno. Si tanto te atrae Eva, ¿por qué mil rayos te enrolaste por dos años en Fuerte Esmeralda, la guarnición de los solteros? Eso tienes que aclararlo.

—Me dijeron que daban doble paga y que no admitían casados, porque era sitio peligroso. Yo quiero hacer fortuna y obtener pronto ascenso.

—Hace seis meses que estoy yo aquí, y ni media.

Atragantóse José García.

—¿Ni media? ¿No dan la paga?

—Sí, hombre. Pagar se paga. Lo que quise decir es que no hay peligro ninguno. No he visto ni a veinte leguas sombra de esos

temibles cortadores de cabezas. Pero no me confundas, García. Te explicaba yo que hace cuatro meses llegaron dos damas. Refunfuñando en sus barbas, Abdón tuvo que darles hospitalidad.

—Extraño es eso. ¿No hay palacios ni mejores lugares para dar hospitalidad a dos damas?

—Parece que las amenazaba un grave peligro. Ser raptadas por piratas.

Y aquí, en Fuerte Esmeralda, eso no puede ocurrir.

—No hay pirata que se atreva a internarse hasta acá. Y oye, ¿qué tal están las damitas?

—Ah, querido...—y Juan Núñez se besó la punta de los dedos, poniendo los ojos en blanco.

—Ya.

—¡No, hombre, no! Ni idea puedes hacerte... Una de ellas es morena de cabello, tiene miro de virgen italiana y su voz es tan melodiosa, que cuando te dice: "¿Queréis tener la bondad de pasarme las vinajeras, alférez?", te entran temblequeos en las rodillas y sientes aletear arcángeles.

—Vaya... El disloque — dijo José García, interesado—. ¿Y quién acosa a la dama de voz tan grata?

—Nadie.

—¿Cómo puede ser eso posible? ¿Somos o no somos oficiales de la Gloriosa? ¿Somos o no los rompecorazones que con tesón abaten murallas y riman madrigales?

—Ella es la esposa del conde Ferblanc—aclaró, con abatimiento, Juan Núñez.

—¡Diablos! ¡Háblame de la otra!

—¿Conoces al conde Ferblanc?

—¿Quién no? Pero aunque no fuera quien es, un hombre galante y caballero no acosa a dama enmaridada.

—La otra damita, es... es indescriptible. Rubios cabellos más bien aurora sonrosada que oro de seda... Unos labios que piden besos..., Y unos ojazos azules que... ¡Vaya, una barbaridad! ¡Es la que nos trae locos!... ¡Es la Eva de que hablaba Abdón!

—El disloque. ¿Y quién la acosa?

—Todos y ninguno. Por turnos hacemos tertulia con ella. Al principio yo estaba seguro de que Gabriela me miraba con muy buenos ojos. Mal me está decirlo, pero en fin, reconocerás que los

hay más feos que yo. El caso es que Gabriela Lucientes me sonreía tan dulcemente, que yo fragüé ya la idea de dejar de ser soltero. Porque, un hombre a mi edad, debe proteger a una esposa, ¿no?

—¡Qué duda cabe! Bueno ¿y qué pasó?

—El muy bribón de Urrestarazu empezó a pasear con ella, con demasiada frecuencia. Le reté, e íbamos a partirnos el pecho a golpes de acero, cuando intervino Abdón y nos arrestó a los dos. ¿Y sabes qué sucedió mientras nosotros dos no podíamos salir de nuestras habitaciones?

—Ni idea.

Un caimán se infiltró, y lleva las de ganar.

—¿Un caimán?—inquirió, perplejo, José García.

—¡Sí, hombre!—exclamó, indignado, Juan Núñez—. Este inglés que los cielos confundan, por hereje y taimado.

—¿Este que el Maestre de... que Abdón llama Fergus Slack?

—El mismo.

—¿Y qué hace un inglés en fortaleza española?

—Es un mercader—dijo, desdeñosamente, Núñez.

—¡Bah! Un vendedor de víveres... ¿Y cómo Gabriela, todo encanto, según dices, pudo tolerar siquiera la proximidad de un inglés, que por añadidura, es mercader?

Juan Núñez, a regañadientes, tuvo que ser generosamente imparcial.

—Es que ese condenado inglés, es el peor enemigo con que podía contar un galante oficial como yo. Resulta que es el tipo de aventurero valiente, de buena planta, mucho oro y audaz. Él solo dirige una vasta plantación servida por cien esclavos negros. Nos suministra víveres y cuanto necesitamos y, a la vez, envía a ultramar. Gana montañas de oro.

—Ya veo. Es un rival peligroso. Si quieres, yo puedo retarle, con pretexto suficiente. Por ejemplo, si me roza al pasar o me mira algo insistentemente.

—No. Abdón nos lo ha prohibido. Ya lo oíste. Hay que resignarse. Esta perla nos la quitará el inglés. Ha progresado mucho y a diario viene a hacer la corte a Gabriela.

—¿Os habéis retirado sin dar batalla? ¿Pensáis renunciar a acosarla? ¿Somos o no Oficiales de La Muy Gloriosa? ¿Somos o no los irresistibles rompecorazones?

—Eva... parece inclinada a preferir al aventurero.

—¡Ah,..!

—Hablemos de otra cosa. ¿Qué noticias hay por allá?

—Antes, dime... ¿Van a estar mucho tiempo aquí las dos damas?

—Sólo pueden irse cuando venga personalmente a buscarlas el conde Ferblanc. Esta es la orden que tiene Abdón, y aunque ellas quisieran irse, no podrían, ¿Qué novedades hay por allá?—inquirió de nuevo.

—El conde Ferblanc, ya que de él hablamos, exterminó a una flota pirata que amenazaba la Costa Dorada. Han caído muchos



...cuando venga personalmente a buscarlas el conde Ferblanc.

pájaros. EL verdugo trabaja mucho...

De pronto, José García dióse una palmada en la frente.

—¿Cómo dices que se llama la diosa?

—¿Cuál de las dos?

—La pelirroja.

—Gabriela.

—¿Qué más?

—Lucientes.

—¡Vaya, el disloque! ¡La tromba! ¡El ciclón!

—¿Qué sucede?

—Lo siento. Sólo podré decírselo personalmente al Maestre... a

Abdón.

—Ah, bueno; si es cuestión de servicio, no insisto.

José García quedóse meditando en que era su deber comunicar al jefe de la fortaleza, que un tal Diego Lucientes habíase fugado de la cárcel de Santa Fe de Bogotá, en compañía de otros dos forajidos, un tal... no recordaba el nombre árabe, pero sí el apodo “El Chacal”, y un tártaro.

Tres piratas... ¿Qué hacía la hija de un pirata en compañía de la esposa del exterminador de piratas?

Meditó más y decidió que no lo diría h nadie. En todo caso, si el momento llegara, pondría sobre aviso a la esposa del conde Ferblanc.

—A las once te presentaré a los demás compañeros —advirtió Juan Núñez.

La vida de guarnición fué transcurriendo monótona al ritmo cronométrico de toques de corneta.

José García fué comprobando que todos los oficiales y él también, sentían rencor hacia el inglés que a diario venía a la fortaleza para cortejar a la fascinante pelirroja.

Pero la constante mirada vigilante y amenazadora de don Abdón Peribáñez, era la mejor salvaguardia para Fergus Slack.

La guarnición se componía del Maestre de Campo, diez oficiales, veinte sargentos, cuarenta cabos y quinientos soldados.

El fuerte se erguía altivamente en la cima de una pequeña colina, dominando la comarca boscosa que se extendía en verdores refulgentes.

Los restantes oficiales no presentaban mucha diferencia entre sí. Eran, algunos, descendientes de hidalgas familias. Otros, meramente, segundones de casas de mediana posición.

A todos los identificaba el mismo afán juvenil de aventura, gloria y romanticismo.

En Fuerte Esmeralda la paga era doble y el tiempo de guarnición contaba triple que en cualquier otra fortaleza, haciendo posible con ello un ascenso más rápido.

José García sabía ya que Urrestarazu, el alférez vasco, era un bruto sin matices, y que Núñez era un buen muchacho, al igual que los demás.

Sólo temía entrar de guardia alternando con el alférez Antonio

de Balboa.

Y lo temía porque el descendiente de uno de los primeros conquistadores del suelo en que se erguía Fuerte Esmeralda, era muy dado a remontarse a los hechos pretéritos de la pléyade de aventureros del siglo XV y XVI.

Y José García detestaba la historia. Sólo apreciaba la que él mismo se proponía escribir personalmente a punta de espada.

Por esto, aquella noche de primavera del año 1723, se dispuso pacientemente a escuchar, cuando en la sala de guardia de Fuerte Esmeralda, Antonio de Balboa le anunció, satisfecho:

—Tengo esta noche que leerte la magnífica o instructiva historia del descubrimiento del oro. Cuando los primeros españoles llegaron a estos contornos. Es también la vida de mi ilustre antepasado.

Capítulo II

La historia de Balboa

Tras una cruzada que duro cerca de ocho siglos, se había conseguido expulsar de la Península Ibérica hasta el último vestigio de moros y judíos.

El entusiasmo y el fervor religioso alcanzaban su punto culminante, y existía otra razón para el júbilo de la nación en el hecho de que, casi al mismo tiempo, regresaba Colón de su primer viaje de descubrimiento de un nuevo mundo.

Aunque en realidad había salido en busca de una ruta marítima más corta para llegar a las islas de las Especias, que, según Marco Polo, formaban el extremo oriental de la India, ruta desconocida para todos en aquella época, Colón había descubierto un nuevo continente.

Sucedía esto en el año 1492, cuando en Europa, la gran demanda de especias que se usaban para sazonar los guisos de carne y hacerlos más sabrosos y digestivos, hacía que tales especias valiesen su peso en oro.

No sólo España sino Europa entera quedaron atónitas. Al fin, los pocos sabios qué, a pesar de la vigorosa oposición de los más, mantenían que el mundo era redondo, y no un simple disco con Jerusalén en el centro, se habían salido con la suya: el mundo era indiscutiblemente redondo.

Siete años después del primer viaje de Colón, Américo Vespucio, navegante florentino, llegó al nuevo continente, qué más tarde había de llamarse América por este motivo.

Este viaje pronto fué seguido por otras expediciones en busca de fortuna y de fama, y España, rápidamente, adquirió enormes y nuevos territorios.

Muchos de sus hijos pensaban que, después de la expulsión de

moros y judíos, debían iniciar otra cruzada a fin de convertir a aquellos millones de paganos, súbditos ahora de la corona de Castilla, a la fe católica.

Cuando los expedicionarios regresaban a su patria con narraciones halagüeñas de nuevos descubrimientos, crecieron el estímulo y el entusiasmo, especialmente al traer algunos barcos varias cosas maravillosas, desconocidas en Europa hasta entonces.

Divulgábanse las noticias con la rapidez de un reguero de pólvora, siendo la más sensacional de todas la que se refería a la llegada de unos intrépidos exploradores que trajeron adornos y artículos de... ORO.

Aquellos españoles, más interesados en conseguir riquezas que en la conversión de los idólatras a la fe cristiana, se dieron cuenta de las atrayentes perspectivas que se ofrecían allende los mares concurridos.

Efectivamente, existían excelentes oportunidades para los hombres ávidos de aventuras, fama y riqueza..

Como es natural, entre los voluntarios que en tropel se dirigían desde todas las regiones de España a los distintos puertos de donde salían las expediciones hacia la tierra prometida, existía enorme mezcolanza.

En aquella confusión de clases, profesiones y edades, había militares expertos por sus distintas campañas en Europa, nobles, soldados y marinos valientes, sacerdotes humanitarios y eruditos quienes, más tarde, habían de escribir las crónicas más formidables, algunas de las cuales, por fortuna, han sido conservadas y presentados a la posteridad, hombres que abandonaban su patria por diversas razones y, por fin, hasta criminales, ya que a éstos, al cruzar los mares y al cabo de cierto tiempo, les eran redimidas sus condenas..

Desde los tiempos primitivos, los españoles desdeñaban el comercio, considerándolo profesión propia de gente servil; actitud orgullosa, que fue enormemente estimulada por el descubrimiento del oro y el medio de adquirir riquezas rápidamente.

El relato de los primeros esfuerzos de colonización a lo largo de la costa septentrional de América del Sur y la del Atlántico de la América Central, habla de la gran intrepidez de los expedicionarios, de los enormes sufrimientos padecidos y de las muertes, causadas

por enfermedades, naufragios y encuentros sangrientos con los indígenas.

Es también una descripción de las degollaciones, sacrificios y rivalidades entre los jefes de las expediciones; hombres ambiciosos que luchaban por la supremacía y la autoridad sobre las tierras que acababan de descubrir.

En aquellos días, los viajes marítimos ofrecían, grandes inconvenientes e infinidad de peligros.

Dentro de las pequeñas embarcaciones de madera, de escasa cabida, se hallaban los hombres sin espacio apenas para moverse; los camarotes eran de techos tan bajos que no era posible permanecer en pie en ellos, y no tenían camas, luz ni ventilación.

Tampoco había posibilidad de pasear sobre cubierta, abarrotada de estachas, poleas y otros impedimentos que hacían imposible todo movimiento.

Las medidas sanitarias eran de las más primitivas, y la alimentación tan deficiente, de calidad tan pobre y mal guisada, que el actual engrudo de pegar cárteles hubiera sido más nutritivo.

Las ratas e insectos de todos los tamaños infestaban los barcos, y no pocas veces, sus tripulantes se entretenían en cazarlos para comérselos después como si fuesen un bocado exquisito.

El agua potable, almacenada en recipientes pequeños y de condiciones higiénicas nulas, se estancaba, por lo que había un peligro constante de enfermedades e indisposiciones, siendo la más corriente y la más temida entre ellas el escorbuto, que a menudo diezmaba la tripulación, causando una terrible falta de marineros en estos verdaderos “barcos infernales”.

En uno de estos barcos consiguió embarcar de polizón un hombre alto y fuerte.

Poco se sabe de sus primeros años; solamente que era hijo de hidalgos pobres.

Cuando tuvo edad suficiente se hizo marinero y más tarde, se estableció en las Indias Occidentales, en donde, ayudado por indios, cultivó las tierras que le fueron concedidas por él gobierno.

Lleno de deudas y deseando escapar de sus acreedores, decidió desaparecer y probar suerte como soldado, ocupación que prometía ser más lucrativa que labrar la tierra.

Como no le permitían salir de las Indias Occidentales mientras

no pagase lo que debía, se embarcó furtivamente en un navío tripulado por soldados y aventureros que se hacía la mar, a la ventura.

Fué descubierto cuando el barco navegaba en alta mar, y el capitán se enfureció tanto, que ordenó desembarcarle en la primera isla a que arribasen. Pero el joven aventurero, que se llamaba Vasco Núñez de Balboa, tuvo la fortuna de que el capitán cambiase de intención y le perdonase.

En aquella época era muy frecuente que las expediciones, llevasen criminales y otros malhechores para dejarlos en islas habitadas por indios desconocidos. De veste modo, si más tarde al volver, encontraban vivos a estos "conejillos de Indias", era señal de que podían desembarcar con relativa seguridad y con la ventaja, además, de que estos indeseables, al convivir con los indios, habían aprendido su idioma y les servían de intérpretes.

Si por el contrario, al volver, habían desaparecido estos pobres diablos, cabía suponer que habían sido asesinados y los exploradores debían tomar grandes precaucionas al intentar un desembarco.

Varios españoles empleados con este fin tuvieron suerte, cayendo entre indios que los tomaron por seres semidivinos y como a tales los trataron, pero fácilmente puede imaginarse lo que ocurrió con la mayor parte de los que no gozaron de esta suerte. Si alguno así desembarcado, tenía la fortuna de sobrevivir, generalmente se le perdonaba la condena.

Balboa pronto demostró ser de gran utilidad para la expedición, ya que, además de ser valeroso e inteligente, sabía cómo ganarse el respeto y la admiración de todos.

Gracias a estas cualidades y a su carácter ambicioso, llegó a ser en pocos años, uno de los capitanes más célebres de España.

Durante una exploración extraordinaria, a lo largo de las costas del lago Darien, fué cuando Balboa empezó a demostrar una predilección especial por un soldado aventurero, que lo mismo que él, había nacido en Extremadura, región que produjo algunos de los hombres más extraordinarios que tomaron parte en este gran drama que fué la conquista de las Américas.

Este hombre se llamaba Francisco Pizarro, y solamente por su ilimitado valor, su tenacidad y sus acciones casi increíbles en los

campos de la exploración y conquista, se forjó un nombre inmortal.

En aquella época tendría unos cuarenta años. Aunque existen algunas contradicciones respecto a la fecha de su nacimiento, puede asegurarse, con cierta exactitud, que nació por el año 1470.

Era hijo natural del coronel Pizarro, quien había servido distinguiéndose en algunas campañas europeas, y de Francisca González, mujer de origen humilde.

Nació Pizarro en el pueblo de Trujillo y fué abandonado por sus padres. Según se cuenta, su madre le dejó abandonado en la puerta de una iglesia y su situación fué tan angustiosa, que de no haber sido amamantado por una cerda, hubiera perecido miserablemente.

A medida que fué creciendo, no mejoraron mucho las condiciones de vida del pobre expósito, ya que, no teniendo a nadie que se preocupara de él, ni siquiera recibió la educación más elemental.

Durante muchos años llevó la vida de un perro perdido y muerto de hambre, hasta que su padre le consiguió un empleo de porquero. Cierto día, debido a un accidente, se le escaparon y perdieron los cerdos que tenía a su cuidado.

El infeliz, creyéndose culpable, no se atrevió, a volver a su casa sin ellos y entonces se unió a otros vagabundos y en su compañía llegó a Sevilla, desde donde, junto con algunos aventureros, embarcó para Santo Domingo (Haití), confiando que la fortuna le trajera mejor suerte.

Haya algo de verdad o no en estos relatos de su primera juventud, lo cierto es que no tenía motivos para entristecerse ni derramar lágrimas al perder de vista su país natal, cuando su barco salió por la desembocadura del río Guadalquivir, rumbo al Oeste, a través del océano Atlántico.

Poco o nada se sabe de sus actividades hasta el año 1510, aproximadamente, fecha en que ya contaba cerca de cuarenta años.

Como capitán de confianza, tomó parte en la expedición a la que Balboa también pertenecía.

El comandante de esta expedición era Alonso de Ojeda, uno de los hombres más desafortunados de toda la historia de los descubrimientos, ya que desgracias y desastres le persiguieron con saña constantemente.

Después de luchar con indios enemigos, Ojeda, obligado a

retirarse de la Colombia septentrional, decidió hacerse a la vela buscando la desembocadura del río Darien, también llamado Atrato, en donde, según rumores, abundaba el oro.

Habiendo fracasado al no encontrar lo que buscaba, pero decidiendo continuar sus investigaciones, fundó una colonia en esta malsana región.

Pronto escasearon los víveres y para empeorar las cosas, fueron atacados por los indios, quienes, con sus temibles flechas envenenadas, hostigaban continuamente a los españoles, sin permitirles un momento de descanso.

El hambre y el agotamiento acabaron por debilitar a los expedicionarios de tal forma, que su única esperanza de salvación estaba en la llegada de un barco de socorro que esperaban.

Al fin, llegó muy oportunamente pues ya Ojeda, temiendo que sus hombres se amotinaran, había decidido hacerse de nuevo a la vela para volver a Haití en busca de socorro.

Confió Ojeda a Pizarro el cuidado de la colonia con setenta hombres a su mando, y prometiendo volver antes de los cincuenta días, Ojeda se hizo a la mar.

Sin embargo, se extravió y la larga serie de calamidades de Ojeda terminaron, cuando, al desembarcar en Cuba, fué muerto por los indios.

Entretanto, ignorante de este desastre, Pizarro y sus hombre, atacados de fiebre y muertos de hambre, esperaban ansiosos. El intolerable calor húmedo, las terribles tormentas y las nubes de mosquitos de todas clases, les atormentaban da tal modo, que empezaron a morir uno tras otro.

Agonizando pasaron aquellos cincuenta días sin recibir señal alguna de socorro por lo que Pizarro pensó que la única solución posible era volver a las regiones costeras de Colombia, donde, aunque los indígenas se habían manifestado hostiles en la primera visita de la expedición, por lo menos el clima no era tan malo y podrían encontrar víveres en abundancia.

Pizarro tuvo entonces que resolver el problema de cómo había de cruzar el golfo de Darien, ya que sólo tenía a su disposición dos barcos demasiado pequeños para transportar los sesenta hombres que le habían quedado.

Después de algunas deliberaciones, llegó a la conclusión de que

el único medio para vencer esta dificultad era esperar que la muerte redujera el número de hombres, al necesario para hacer posible el embarque de los demás.

Cuando por fin la pequeña banda de supervivientes, enfermos y muertos de hambre se hizo a la mar, sus navíos fueron azotados por terribles tempestades y semejantes a cascarás de nuez, sufrieron el terrible embate de las olas.

Poco después de haber logrado refugiarse en el puerto que hoy se llama Cartagena, avistaron dos navíos en el horizonte, que resultaron ser los barcos de socorro que el desgraciado Ojeda había ido a buscar.

Su comandante, Fernández de Enciso, informado de lo sucedido puso bajo su mando a Pizarro y sus hombres, y a pesar de sus protestas, insistió en volver a la colonia abandonada cerca del río Darien.

La mala suerte les perseguía. Los dos barcos, que iban tripulados por ciento cincuenta hombres, y que llevaban buen número de caballos, armas y provisiones, fueron acometidos por una terrible tempestad naufragando el mayor de los dos; el cargamento se perdió por completo, pero pudo salvarse toda la tripulación. Y al llegar a la colonia abandonada vieron que los indios habían destruido las casas y todo lo que allí habían dejado.

La desesperación se apoderó de aquellos valientes soldados. Uno de ellos manifestó a sus compañeros que conocía una región, no lejos de allí, visitada por él algunos años antes donde los indios no empleaban veneno en sus flechas y en la que había gran abundancia de víveres.

Este hombre era Balboa.

Sus compañeros, que habían perdido toda esperanza de salvación, cobraron ánimos de nuevo y tras una fatigosa peregrinación pudieron llegar al lugar indicado por Balboa, donde fundaron una nueva colonia.

Muchos de estos hombres le consideraban como su salvador y admiraban su valor, iniciativa y sus otras muchas brillantes cualidades.

En cambio, se hallaban tan descontentos de Enciso, que se rebelaron contra él y nombraron a Balboa su nuevo jefe.

No fué unánime este nombramiento, porque unos pocos

permanecieron fieles a Enciso, creando este estado de cosas descontentos, disputas y malestares.

A pesar de, haber conseguido de los indios una considerable cantidad de oro que repartieron honradamente, los disturbios no cesaban, y continuamente reñían los españoles entre sí.

Un día oyeron cañonazos en dirección al golfo, disparados por dos barcos que se acercaban a la colonia. Habiendo intercambiado señales de humo, arribaron los barcos a la costa, y desembarcaron sus tripulantes, quienes contaron la triste y larga historia de sus aventuras y calamidades.

Mandaba estos barcos Diego de Nicuesa, a quien el gobierno español había nombrado gobernador de todas las regiones recién descubiertas a lo largo de la costa atlántica del Panamá y del Golfo de Darién.

Nicuesa había salido de Haití con cinco barcos y ochocientos hombres bien armados, pero los accidentes, las enfermedades, las luchas, con los indios y demás calamidades, habían reducido el número a un puñado de hombres.

No es extraño que los partidarios de Balboa, que habían soportado enormes fatigas y sostenido innumerables encuentros y luchas sangrientas, para poder poner pie en el terreno que ocupaban, se rebelasen contra el nombramiento de Nicuesa como gobernador quien, por otra parte, resultó ser un tirano.

Balboa, apoyado ahora por Enciso y sus partidarios, rompió toda relación con el gobernador, al que, por fin, y a pesar de sus protestas invocando la legitimidad de su nombramiento, embarcaron en un pequeño navío, recomendándole diera parte de lo ocurrido a la corte.

Una vez que el barco y su tripulación de ocho hombres hubo desaparecido en el horizonte, no volvieron a saber nada más de él.

Los disgustos y peleas con Enciso continuaron, y Balboa lo expulsó también de la colonia.

Balboa, único jefe ya, emprendió ciertas, exploraciones de poca importancia. Durante una de éstas, a lo largo del lado atlántico del istmo de Panamá, recibió la sorpresa de encontrar a dos españoles que vivían entre los indios.

Iban desnudos, con sus cuerpos pintados de verde, con tinta vegetal, y contaron a Balboa que un año antes habían sido

desembarcados allí en castigo de crímenes cometidos, y habían tenido la buena suerte de, encontrar una acogida amistosa entre los indios, cuyo jefe les había regalado tierra e incluso mujeres.

Le dijeron también que en aquella región abundaba el oro, e igualmente toda clase de alimentos, de los que Balboa y los suyos tenían entonces gran necesidad.

Poco tiempo después, Balboa y sus compañeros eran huéspedes del jefe indio, quien se mostró muy amable con ellos y les hizo un regalo de setenta esclavos, y lo que aun les gustó más, una cantidad de oro muy considerable, principalmente en forma de adornos.

Muchos de éstos fueron fundidos inmediatamente, y los lingotes fueron distribuidos entre los oficiales y soldados, reservando una quinta parte para el rey de España, como ordenaba la ley de los conquistadores.

Durante el reparto surgió una disputa entre los españoles, y tanto se acaloraron en ella, que faltó poco para que llegaran a las manos en fratricida lucha.

El jefe indio, que estaba presente, pronto se dió cuenta de que el oro era la causa de todas las discusiones entre sus huéspedes blancos. Acercándose volcó los platillos de las balanzas improvisadas para pesar el metal. Luego, colocándose entre los que disputaban, les habló por medio de uno de los españoles, que ya conocía el idioma y servía de intérprete:

—¿Por qué lucháis por cosa que vale tan poco? Si es el oro lo que os ha hecho abandonar vuestra madre patria para molestar a otros pueblos, yo os indicaré un país donde veréis colmado vuestros deseos. Pero si vais allí, debéis hacerlo en mayor número, ya que tendréis que luchar contra reyes muy poderosos, que defenderán vigorosamente sus dominios. Encontrareis primero a un jefe que poseo enormes cantidades de oro; jefe que y vive a una distancia de seis soles de aquí. Luego llegaréis a un mar que se halla en esta dirección.—Y el jefe indio señaló hacia el sur. —Allí encontraréis a gentes que navegan en barcos no más pequeños que los vuestros. Estas gentes son tan ricas, que comen y beben en platos y vasos hechos del metal que tanto codiciáis.

Los españoles se quedaron asombrados al oír estas palabras. Lo que acababan de escuchar estaba por encima de todas las ilusiones que se habían forjado al abandonar sus hogares. Todos estaban

convencidos de que se encontraban en las mismas puertas de la India, y que pronto la riqueza y la gloria serían suyas.

Balboa se veía volviendo en triunfo a España, habiendo descubierto la ruta más corta hacia la tierra de las Especias, ruta que no habían podido encontrar Colón ni los demás.

Y además, con oro... ¡Mucho oro!, Con la mayor rapidez, mandó un mensajero a las Indias Occidentales, pidiendo refuerzos. Con el fin de conseguir este favor y para activar sus gestiones, Balboa envió una cantidad considerable de oro al rey, así como también gran número de adornos de este metal para el gobernador de las Indias Occidentales y algunos de sus amigos.

Por desgracia, el barco en que viajaba el mensajero naufragó, perdiéndose con todo el tesoro.

Transcurrió el tiempo, sin llegar noticias ni recursos, y entonces, Balboa decidió hacer personalmente el viaje a las Indias Occidentales, y desde allí, proseguir hacia España, para dar «cuenta al rey de los descubrimientos que ya habían hecho, y de esta manera, granjearse el favor real. Pero los oficiales y soldados, no queriendo perder a un caudillo tan excelente, le rogaron que no los abandonase.

En estos críticos momentos arribaron dos barcos cargados de víveres y hombres, y con gran alegría de todos, la noticia de que las Indias Occidentales habían nombrado a Vasco Nuñez de Balboa gobernador de las regiones que había descubierto.

Por una carta que recibió de un amigo suyo, Balboa se enteró de que su rival, Enciso, a quien había expulsado de la colonia en el Darien, había vuelto a España, donde continuamente le acusaba de toda clase de infamias, incluso del delito de usurpación de bienes de la corona.

Estos informes fueron un acicate más para, estimular el deseo de Balboa, e incitarle a hacer nuevos y aun mayores descubrimientos.

A pesar de necesitar más soldados, salió sin vacilar en busca del Océano y de aquel país tan rico de que le habían hablado.

De tener su empresa feliz éxito, podría contar con la gratitud del rey, y cualesquiera que fuesen las acusaciones de Enciso contra él, no le causarían daño alguno.

Seguido de ciento noventa soldados, la mayoría de ellos con armadoras incómodas, y de mil cargadores indígenas, puestos a su

disposición por un jefe indio amigo, penetró Balboa en la intrincada selva panameña,

Lanzando maldiciones mientras talaban árboles y cortaban plantas, para atravesar aquel laberinto, los soldados avanzaban lentamente, seguidos por los indios desnudos, que se quejaban por el peso de sus cargamentos.

Hubo días en que no avanzaron más de seis kilómetros, atravesando este terreno infernal, gran parte del cual estaba formado por pantanos. Las lluvias torrenciales, el pesado calor húmedo, las fieras, las serpientes, las nubes de mosquitos, todo, en fin, parecía conspirar para malograr el éxito de la expedición.

Pero, a pesar de todas estas fatigas y peligros increíbles, los hombres blancos iban penetrando por este terreno desconocido.

Gran número de ríos torrenciales y de riachuelos de inocente aspecto y traidores lechos (consistentes en profundas capas de barro blando y podrida vegetación tropical) tuvieron que cruzar los expedicionarios, sobre primitivas balsas improvisadas o por medio de peligrosos puentecillos estrechos, construidos a este fin.

A lo largo de las orillas de estas corrientes, y sobre los bordes de los pantanos, los caimanes y cocodrilos, inmóviles, semejantes a troncos de árbol cubiertos de barro, esperaban lanzarse sobre cualquier miembro de la expedición que tuviera la desgracia de caerse al agua.

Durante la noche, los españoles eran despertados continuamente por los horribles gruñidos de los jaguares y panteras, que olfateaban la presa.

A veces, el silencio de la selva era interrumpido por el concierto infernal que formaban, sobre el tedio de la floresta, los monos, loros y toda suerte de pájaros desconocidos para los españoles.



...llenos de terror huyeron despavoridos hacia la selva

Restablecida, por fin, la calma, ahora el desgarrador grito de un ave de rapiña nocturna, o el largo y agudo silbido de un caimán al subir a la superficie del agua de algún cercano pantano, para echar fuera de sus pulmones el fétido aliento, rompían otra vez el silencio.

La expedición, que había avanzado lenta pero continuamente,

llegó por fin a una cordillera.

Al acercarse a la cumbre, Balboa mandó hacer alto, y se adelantó solo para examinar las cercanías.

A sus pies, el verde mar de la selva se extendía en todas direcciones, pero cuando el hombre solitario miró hacia el Sur, vió algo en lontananza que le hizo arrodillarse y dar gracias a la Providencia con los brazos extendidos.

Levantóse, hizo señas a sus compañeros para que se acercasen. Al llegar éstos junto a su caudillo y ver la maravilla que les mostraba, se produjeron escenas de salvaje regocijo que sorprendían a los desnudos cargadores indios que desde abajo les contemplaban.

Sucedió esto el 25 de septiembre del año 1513, día en que Balboa vió por primera vez el mar a que se había referido el jefe indio amigo.

La primera parte de su información resultaba ser cierta, y ya no había nadie entre los españoles que dudase de que la meta final: ¡la India!, pudiera hallarse lejos.

Pasados los primeros momentos, de júbilo, reunió Balboa a sus hombres y después de bautizar al Océano recién descubierto con el nombre de Gran Mar del Sur, después conocido por Oceano Pacífico, les dirigió palabras propias de ocasión tan solemne

Los guerreros, barbudos, flacos y embadurnados, con las armaduras enmohecidas por los vahos y las lluvias tropicales, presentaban un contraste extraño sobre la cumbre de aquella montaña, con el resplandeciente azul obscuro de la superficie del lejano Océano.

Después, los jubilosos españoles talaron un árbol e hicieron una cruz con él, que erigieron sobre un montón de rocas.

Hecho esto, Balboa ordenó a Pizarro que explorase, junto con dos soldados, las florestas que se extendían en dirección hacia el mar.

Pocos días más tarde, llegó esta pequeña vanguardia a la costa. Uno de los soldados, llamado Alonso Martín, descubrió una canoa india cerca del lugar donde estaban, y saltó de ella.

Poco después la marea que subía puso a flote a la embarcación, siendo de este modo Alonso Martín el primer hombre blanco que flotó sobre las aguas del Océano recién descubierto.

Balboa y algunos hombres más, que habían seguido a través de

la selva a Pizarro y sus compañeros, se reunieron con éstos, y todos juntos echáronse sobre la arena para descansar, hasta que la marea que subía les obligó a retirarse.

De pronto, Balboa, embutido en su armadura, blandiendo la espada con una mano y llevando en la otra la bandera, española, sobre la que había pintado la imagen de la Virgen, penetró en el mar, y exclamó estentóreamente:

—¡Vivan los grandes y poderosos Reyes de Castilla! En su nombre tomo posesión de estos mares y regiones, y si algún príncipe, sea cristiano o infiel, reclama su derecho sobre estos dominios, estoy dispuesto a luchar defendiéndolos.

Durante los días sucesivos, exploró Balboa los alrededores, teniendo que librar fuertes combates con varias tribus indias.

Estas luchas no duraban mucho tiempo, pues los españoles, además de pelear con gran arrojo y valentía, tenían a su favor la superioridad de sus armas. En ocasiones, con una sola descarga, conseguían que los indígenas, llenos de terror huyeran despavoridos hacia la selva.

Balboa demostró ser tan buen diplomático como soldado. Después de derrotar a sus enemigos, siempre les ofrecía su protección en prueba de reconciliación y amistad, e invariablemente mostrábanse los cabecillas más que dispuestos a aceptarla.

De todas partes, y por medio de los intérpretes, llegaban a oídos de los españoles más datos acerca del rico país situado más al Sur, en el que según los indios contaban, sus habitantes empleaban como bestias de carga unos extraños animales. Y para que los españoles se hicieran una idea de cómo eran, dibujaron en la arena la figura de aquellos animales.

Los expedicionarios, a juzgar por el dibujo, creyeron que se referían a una especio de venado. En realidad, se trataba de la llama, animal que hasta entonces nunca habían visto los hombres blancos.

Pero lo que más gustaba a los españoles era que los indios les regalasen grandes cantidades de oro. Los indígenas no tardaron en darse cuenta de que la adquisición de ese metal era el mayor deseo de los hombres blancos.

En una ocasión, un cabecilla regaló a Balboa unas perlas muy

hermosas, y éste preguntó al indio que de dónde las había sacado.

El jefe indígena, señalando con el dedo hacia unas islas, le dijo que allí podían encontrarse perlas mucho más hermosas todavía.

Al expresar Balboa su deseo de visitar las islas, el cabecilla le advirtió que la estación no era propicia para hacerse a la mar, pero, en vista de la insistencia de Balboa, salieron algunas canoas a la mar, sorprendiéndoles una tormenta terrible, que estuvo a punto de acabar con la vida de los intrépidos navegantes.

Sin embargo, tuvieron suerte una vez más, y lograron salvarse todos, si bien volvieron a tierra completamente agotados, habiendo perdido vestidos y armamentos.

Cuatro meses después de haber atravesado la selva panameña y descubierto el Mar del Sur, volvió Balboa a la colonia establecida en el Darién, donde le hicieron un recibimiento triunfal.

La vista de aquellas cantidades de oro y perlas levantó los ánimos, y ya nadie dudó de que, por fin, habían llegado a las puertas de la India.

Cargados con grandes tesoros, gran número de trofeos interesantes y algunos indios, partió un barco en dirección a España al mando de los delegados españoles, quienes debían dar parte a la corte de todo cuanto había sido realizado y descubierto.

Al llegar a España se enteraron los dos mensajeros de que Enciso, el antiguo rival de Balboa, había hecho tantas y tales acusaciones contra su jefe, que el rey había decidido mandar un gobernador para hacerse cargo de la colonia en el Darién, quien iría acompañado por varios oficiales, entre ellos el propio Enciso.

Cuando los dos mensajeros de Balboa fueron llevados a presencia del rey, y le informaron de los nuevos descubrimientos que aquél había realizado, ofreciéndole los valiosos tesoros que traían desde Panamá, su entusiasmo y el de los cortesanos quo le rodeaban fué indescriptible.

Todas las infames calumnias divulgadas acerca de Balboa fueron olvidadas en el acto, otorgándosele el título de Adelantado, esto es, gobernador del mar que había descubierto, así como de cualquier otro país que pudiera descubrir en lo sucesivo.

Ordenó también el rey que una flota de quince barcos se hiciera a la vela con destino a Darién, llevando dos mil hombres a bordo, completamente equipados.

La noticia de los recientes descubrimientos se extendió por toda España como un reguero de pólvora.

Tanto se exageró la riqueza del país descubierto, que hubo quien dijo que el oro, dada su abundancia, podía recogerse allí en redes. No es de extrañar, por tanto, que nobles empobrecidos y aventureros de todas clases y rangos, intentasen formar parte de la expedición que se preparaba para hacerse a la vela.

Sesenta y nueve días después de salir la armada de España, arribó felizmente a su destino. El nuevo gobernador, un viejo y antipático noble llamado Pedrarias, quedó desagradablemente sorprendido al ver que Balboa, a quien esperaba hallar instalado en una verdadera corte, rodeado de lujo, esplendor y atendido por muchos esclavos, vivía en realidad modestamente en una casita, cuyo tejado estaba formado con hojas de palmera.

Al poco tiempo de estar en Panamá, sospechó el nuevo gobernador que Balboa no quería revelar el lugar donde se hallaba el oro, y con este motivo, promovió una serie de intrigas contra él.

Los nobles y soldados que habían cruzado el Océano con la esperanza de hacerse ricos pronto, al darse cuenta de que allí el oro no se recogía en cestos, como creyeron algunos fantasiosos al salir de España, comenzaron a impacientarse.

Los antiguos colonizadores se reían de ellos, y contestaban a sus ingenuas preguntas, diciendo que para conseguir el oro había que pasar muchas fatigas y peligros.

Con la desilusión apareció el desengaño, y cuando la fiebre y las enfermedades empezaron a reclamar sus víctimas, el desaliento se apoderó de los hombres, que se desesperaban por haber abandonado sus hogares.

Empezaron a escasear los víveres, y para precipitar lo inevitable, estalló un incendio en el depósito principal, quedando destruido por las llamas la mayor parte de él.

Los nobles y soldados, muertos de hambre, con sus vestidos convertidos en guiñapos andrajosos, arrastrábanse de cabaña en cabaña, mendigando por un trozo de bizcocho de maíz o cualquier otro alimento que pudieran conseguir de aquellos colonizadores primitivos, más afortunados.

Setecientos hombres murieron en un mes. Por fin, un pequeño grupo de supervivientes pudo embarcar en un barco que se iba a

hacer a la vela rumbo a España, mientras que otros, agobiados por la fiebre, que tiñó a sus víctimas de un color tan amarillo como el mismo oro que habían soñado, buscaban refugio en una isla cercana.

Soldados desesperados invadieron el territorio indio, saqueándolo y dando lugar a que los indígenas, en represalia, atacasen a la colonia.

Utilizando como argumento la hostilidad de los indios, Pedrarias acusó a Balboa de haber instigado esta nueva agitación.

Afortunadamente, un sacerdote, que en ocasiones anteriores había intervenido en favor de Balboa, pudo reconciliar a las dos partes, y hasta lograr el matrimonio de Balboa con una de las hijas del gobernador.

Una vez realizado este acto diplomático, al parecer, las antiguas riñas y odios se olvidaron por completo.

Arribó por entonces un barco que venía de España, con órdenes del rey de prestar ayuda a Balboa en todas las empresas que acometiese. Estas gratas nuevas levantaron una vez más las esperanzas de la colonia, e indujeron a Balboa a cruzar de nuevo el istmo hasta el Pacífico, donde construyó dos barcos para su ulteriores exploraciones.

Después de vencer muchísimas dificultades en la construcción de los navíos, fueron botados con éxito.

Cuando procedían a la estiba de los víveres, llegó un mensajero para informar a Balboa de que el gobernador requería su presencia en la colonia.

Obedeciendo a esta orden, Balboa se presentó a dicha autoridad, quien ordenó su arresto, encarcelándole inmediatamente.

Pedrarias, es decir, su envidioso padre político, le acusó de rebelión y de traición. Después de un juicio breve e injusto, le declaró culpable, condenándole a muerte.

Aunque sus numerosos partidarios protestaron, tanto él como cuatro tenientes suyos, que le acompañaban, fueron decapitados en la plaza pública, abarrotada de una muchedumbre indignada y doliente.

Así, a la edad de cuarenta y dos años, uno de los más relevantes hijos de España, encontró una muerte prematura.

Capítulo IV

Vida íntima en la fortaleza

Todo cuanto antecede lo leyó el descendiente de Balboa, con voz cada vez más ronca y emocionada.

José García dormitaba hacia el final de la lectura, pero pudo abrir a tiempo los ojos, fingiendo gran interés cuando oyó la recia repulsa contenida en el tono con que el alférez Balboa pronunciaba el nombre de Pedrarias.

Y terminada la lectura, comentó José García:

—Hay que ver lo malvado que fué ese odioso Pedrarias. El disloque.

—Pero pagó muy cara su villanía. ¿Quieres que te cuente su historia?

—¡No, no!... Me repugna oír narrar la vida de un cobarde traidor, felón y villano.

—Cuando las noches de guardia se hacen largas, procedo a leer historia, y salgo con provecho.

—Realmente, esta guarnición no ofrece animación ninguna. ¿Damos la ronda de centinelas?

—Lo de siempre, García. No se ve nada, no se oye nada, no pasa nada.

* * *

Micheto de Urrestarazu era un segundón vasco, de familia empobrecida por deudas.

A los dieciocho años se enroló en expedición militar que partía del puerto de Pasajes, allá en su verde Guipúzcoa, y ahora, los verdes profundos y cambiantes del bosque que circundaba la colina donde se alzaba el fuerte, le daban nostalgia de su terruño.

Como por aquella mañanera soplaba un vientecillo fresco allá en

la alta terraza del fuerte, Micheto Urrestarazu envolvíase bien embozado en su gran capa.

Airoso, como en los demás oficiales de la guarnición, su chambergo, remataba en roja pluma de gallo, el distintivo obligado de la bandera de Infantería, cuyos oficiales guarnecían el Fuerte Esmeralda.

Y quizá porque la nostálgica evocación de su España era tan vivida y estaba evocando con tanta realidad los prados vascos, el caso es que el alférez Micheto de Urrestarazu se olvidó de dos cosas: de las furiosas recriminaciones del maestre de campo y de que habían sido anunciados los esponsales de Gabriela Lucientes con Fergus Slack.

Gabriela Lucientes, como aurora resplandeciente, apareció al extremo de la terraza.

Vestía exquisitamente de brocado y terciopelo, con escote de negros encajes, y en la diestra llevaba un ramo de claveles.

Micheto de Urrestarazu quitóse la capa, destocóse el chambergo y alargó la tela hasta tenderla en el suelo.

—Pisad, mi bella Gabriela, y oíd.

—Buenos días, Micheto—saludó ella, sonriente.

Pero se detuvo, sin pisar la capa extendida que el galante alférez mantenía por un extremo..

—No me rechacéis el homenaje, Gabriela de mi alma. ¡Ojalá quedéis viuda antes de casaros!

Gabriela Lucientes avanzó y pasó adelante, pisando la capa. Recogióla Micheto de Urrestarazu, suspirando.

Alejóse la hija de Lucientes, porque estimaba era su deber no oír las frases que pudieran seguir.

Y el vasco descendió de sus nubes nostálgicas, para verse frente a una interpelación hecha en tono poco amable, pero cortés.

—Os saludo, alférez Micheto.

Fergus Slack, el inglés enriquecido por su criminal acción allá en selvas de Guayana, miraba duramente al oficial español..

Era apuesto, y vestía con ésa especial distinción que había visto ostentar a los *dandies* ingleses.

El vasco inclinóse profundamente:

—Devuelvo vuestro saludo, míster.

—¿Sabíais que estaba yo cerca?

—No. Sólo vi a la hermosura, sólo vi el sol de unos cabellos y el cielo de unos ojos.

—Estáis hablando de la que va a ser mi esposa.

—La belleza, míster, no tiene dueño. Es como el blando céfiro perfumado del aliento de las rosas y el melodioso trino de un ruiseñor. Pertenece a quien lo aspira...

—Manifestasteis deseos de viudez prematura en quien ha de ser mi esposa.

—Soy sincero, míster. Vuestra vida no me importunaría, si no fuera la de un caballero británico que tuvo la suerte de apoderarse de la perla de una fortaleza. Una perla española en fortaleza española, que es lo que me atosiga,

—Alguna vez Inglaterra tiene que ganar. Y siempre suele ser la última batalla, alférez Micheto. Os notifico que vuestra actitud me ha molestado.

Irguióse el vasco:

—Sois invitado, míster, y estáis disfrutando de la hospitalidad española. En otro caso, tiempo ha que os habría citado para entrevistarnos a primera hora mañanera.

—Creed que acudiría con gran placer, pero desgraciadamente el maestre de campo me prohibió en forma terminante hacer demasiado caso de la petulancia de oficiales... en exceso jóvenes.

Hacía tiempo que Micheto abrigaba el deseo de pelearse con el inglés. No pudo contenerse al oírse tildar al igual que sus compañeros, de petulante... y joven.

Olvidándose de lo que tantas veces le había repetido su padre, viejo oficial, “toque de manos, roce de villanos”, Micheto de Urrestarazu aplicó la diestra en sonoro revés contra la bronceada mejilla de Fergus Slack.

Un bofetón, pero el vasco pesaba ciento cinco kilos y medía un metro ochenta y cinco.

Fergus Slack, aunque robusto y alto retrocedió hacía atrás como si hubiera recibido un cañonazo, llevándome la mano a la mejilla herida.

Tardó unos instantes en recuperar el completo dominio de sí mismo. Recordó que era el “caballero Slack”, y forzó una sonrisa, pero sus dientes relucían en mueca aviesa, preñada de ocultas intenciones.

—Pagaréis cara esta afrenta, alférez Urrestarazu.

—Paños calientes—replicó, congestionado, el poco paciente vasco.

El inglés vaciló un instante, y por fin dirigióse hacia donde Gabriela Lucientes, muda espectadora, habíase mantenido apartada.

Micheto de Urrestarazu se alejó, para bajar las escaleras. Iba silbando: se había desahogado.

* * *

Mireya de Ferjus, al mediodía, escuchó lo ocurrido de labios de la única testigo.

—Lo siento, Gabriela. Este incidente resulta molesto tanto para tu prometido como para Micheto, que es un buen muchacho, si bien algo impetuoso.

—Casi pareces reprocharme que entre diez oficiales fuera yo a elegir un extranjero, y que no es de la guarnición.

—Yo nada to reprocho, y bien te consta.

—Perdóname—dijo ella, arrodillándose junto a su compañera, y con tierna sinceridad, acarició las manos de la esposa del Pirata Negro.

Ocultó en ellas después el rostro, y habló en voz baja.

—No podía seguir así, Mireya. No podía rendir culto a un amor imposible. Le confié a Fergus que quise y sigo queriendo a un solo hombre, pero que murió. Él aceptó ver en mí una esposa dispuesta a serlo... Yo no quería continuar atormentándome con el recuerdo de Cheij. Y no puedo contar con mi padre. Le quiero locamente, como ninguna hija puede querer, porque es bueno, generoso y genial. Pero él mismo confesó que su mayor placer sería verme bien casada, lo cual le quitaría un peso de encima. ¿Quién sabe dónde estará ahora mismo? Nació y vivió marcado con el signo de la aventura, y no renunciará nunca a ella. Le atrae la novedad y se cansa de todo, y quiere continuamente cambiar de ambientes. Yo me encuentro sola, porque tú volverás a tu hogar.

—Donde habrías tenido sitio preferente como hija del mejor y único amigo de mi esposo.

—A veces pienso, Mireya, que tú atribuyes a aburrimiento debido a la monotonía de estos largos meses, el hecho de que yo haya aceptado el ser la prometida de Fergus Slack.

—Algo de eso hay. No niego que Fergus Slack es apuesto,

arrogante y caballeresco.

Elevó los ojos Gabriela, mirando sonriente a su amiga:

—Hay reticencia en tus palabras, Mireya. ¿Por qué no eres explícita conmigo? Yo habré quizá heredado el carácter versátil de mi padre… Necesito, pues, que conmigo, hagas lo que el conde Ferblanc hizo siempre con mi padre: aconsejarme.

—¿Quieres… quieres de veras a Fergus Slack?

—Es bueno, es amable, es galante. Está atento a mi menor capricho. Me hizo traer sedas de India, libros, hasta un clavicordio… Es el esposo solícito que todas anhelamos.

—Yo creo que tú pretendes olvidar a Cheij casándote con el inglés.

—Si así fuera, a él no le engaño.

—Mejor será que no hablemos de eso, Gabriela. No nos pondríamos de acuerdo. Cada una de nosotras escucha con paciencia los consejos de sus amigas, pero siempre termina por hacer lo que se le antoja. Mejor prefiero escucharte, tocando esa sonata tan bonita del compositor vienes.

Y mientras Gabriela pulsaba las teclas del clavicordio, Mireya de Ferjus cerraba los ojos, porque evocaba a Humberto, su hijo, el desterrado.

El que escribía cartas lacónicas, casi frías, hablando de sus continuos éxitos como “el violinista aristócrata”, por las cortes de Europa.

* * *

Fué a eso de las once de la noche, cuando un sargento en turno de ronda, que, acompañado de diez soldados recorría el foso alrededor del fuerte, proyectó su linterna sobre un bulto informe tendido en el suelo.

Creyendo de momento en la posibilidad de un indio que intentaba algún desaguisado, ordenó:

—¡Arriba o te quemamos!

El bulto, que era sin duda el cuerpo de un hombre, no se movió. Acercóse más el sargento, y reprimió una exclamación de sorpresa: su linterna alumbraba el cadáver de Fergus Slack.

Tenía la espalda sangrando por ancha herida de arma blanca, y estaba medio destrozado… como si le hubieran machacado o lanzado contra superficie dura.

Atravesado en su coleto, aparecía una pluma roja: el distintivo del chambergo de los oficiales.

Poco después, por sargentos y cabos, corría la voz en toda la fortaleza de que había sido descubierto el cuerpo sin vida de Fergus Slack, llevando en el coleto una pluma de rojo color…

Capítulo V

Diez plumas de gallo

A la medianoche el clarín de órdenes convocó a reunión general de oficiales.

En la sala de estandartes, Abdón Peribáñez, el ceño más tormentoso que nunca, fué contemplando uno por uno a los oficiales que iban entrando, destocados.

—No os será difícil, señores oficiales, comprobar que hago cuanto puedo para reprimirme. Es algo tan inaudito, algo que escapa a la más preclara razón, que… no hallo palabras. ¡Ha sido asesinado el caballero Fergus Slack! Alevosa y villanamente. Apuñalado por la espalda y destrozado con saña…

Hizo una pausa, para aspirar hondamente colorado el barbudo rostro.

—Sobre su pecho, como reto infame, aparecía una pluma de gallo, una de nuestras limpias y gloriosas plumas de gallo.—Y majestuosamente señaló el maestre de campo la roja pluma que erguíase en el ala vuelta de su chambergo.

Los oficiales, en rígida postura de firmes, escuchaban con atención.

he pronto, pegó Abdón Peribáñez un sonoro puñetazo en la mesa.

—Uno de nosotros es un felón criminal! ¡No puedo soportar esta idea! ¡Uno de nuestros chambergos, si algo de hombría le queda a su dueño, debe aparecer sin la pluma! Oídme, señores oficiales: hasta hoy a todos os consideré espejos de caballeros. El autor de este crimen ha deshonrado nuestra insignia: no le cabe la menor atenuante.

Quitóse el maestre de campo su chambergo.

—Pido al culpable que tenga la virilidad de mostrarme su

chambergo, arrancando de él la pluma con que substituyó a la que con infame reto dejó encima del cadáver.

Los oficiales continuaron totalmente inmóviles.

Avanzó Peribáñez un paso:

—Vos, alférez Micheto de Urrestarazu. Vos el primero. Decidme: ¿es cierto que esta mañana abofeteasteis a Fergus Slack? Nada queda ignorado.

—Tuve el placer de abofetear al caballero Slack, cuando estaba en vida, señor. Y ahora lamento su muerte, porque era mi intención abandonar mañana la fortaleza, para esperarle y retarle a duelo, contraviniendo las órdenes.

Abdón Peribáñez, secamente, exigió:

—¡Vuestro chambergo!

El vasco mostró su cubrecabezas... En el ala vuelta faltaba la roja pluma de gallo.

Abdón Peribáñez mostró su pesar:

—Vuestra actitud de ahora, no os redime de vuestra mala acción impropia de un oficial español, señor Urrestarazu. Para mí, desde este instante, dejáis de ser oficial. Consideraos degradado y pasaréis a...

Se detuvo el maestre de campo, perplejo hasta el máximo. El vecino del alférez Urrestarazu, Juan Núñez, acababa de mostrar su chambergo. Faltaba también la pluma roja.

Y uno a uno, los demás oficiales mostraron sus chambergos, todos ellos sin pluma de gallo

Abdón Peribáñez se encolerizó:

—¿A qué obedece esta actitud, señores míos? ¡Encubrís a un criminal! ¡Uno de vosotros ha matado! ¿Creéis acaso razonable esta situación? ¡Hablad vos, que sois el más antiguo, Urrestarazu!

—¿Qué queréis que os diga, señor?

—¿Qué conspiración es esa, que confabulación imperdonable es la que os ha hecho quitar vuestras plumas-insignia?

—No nos hemos confabulado, señor. Cada uno de nosotros, por separado, y atendiendo sólo a su corazón, no ha querido que sea culpable uno de nosotros. Es imposible que nadie que por los pies se calza botas de oficial, pueda perder la cabeza y mate como un asesino. Por lo tanto, ninguno de nosotros es culpable... ¡o lo somos todos!

—¿Queréis insinuar que un soldado ha dejado la pluma de gallo de un oficial para que recaigan sospechas en uno de vosotros?

—Como oficial, garantizo que ningún soldado tenía motivos para matar a Fergus Slack.

—¡Vos sí los teníais, Urrestarazu!

—¿Qué motivos?

—Amáis a la señorita Gabriela. Esta mañana abofeteasteis al caballero Slack. Tenéis la fuerza suficiente para convertir en guiñapo un cadáver...

—Yo también amo a la señorita Gabriela—dijo inesperadamente el alférez Núñez, avanzando un paso—. Y me sobran fuerzas para pisotear un cadáver, si es que este acto fuera posible en un hombre...

—¡Maldición sobre todos!—bramó el maestre de campo—. Eramos unos y formábamos un cuerpo unido, hasta que... os dió la ventolera por suspirar amoríos... ¡Diez plumas rojas! Aunque os tenga que degradar a todos, de aquí no saldréis libres de sospechas. Insisto en que sólo uno de vosotros pudo...

Se detuvo, porque un sargento, pisando reciamente, enmarcóse en el umbral, llevando el revés de la diestra a la empuñadura de la espada en saludo marcial.

—Reposo, sargento Cosme. Sabíais que estaba en reunión privada con mis señores oficiales. ¿Por qué, cien mil cañones, se os ha ocurrido presentaros? Solamente un hecho muy grave puede motivar vuestra irrupción.

—Un emisario aguarda ser recibido, señoría.

—Que aguarde.

—Es un jíbaro, señoría.

—¿Eh? ¿Un jíbaro? ¿Qué quiere?

—Ostentaba paño blanco al extremo de un mosquetón, señoría.

—¿Un jíbaro con mosquetón? ¿No soñáis, sargento Cosme? ¡Mal rayo nos queme! ¿Más misterios? ¿No me basta con...? ¿Qué hacéis ahí parado como una estatua, sargento? Traed presto a ese extraño emisario...

Y ante la rareza de lo que acababan de comunicarle, el maestre de campo olvidó los diez chambergos sin pluma.

En el umbral, al apartarse el sargento, quedó visible un diminuto indígena, semidesnudo.

Tenía el lacio cabello colgando sobre la frente y pegado a la nuca. Su faz era cruel, hierática, desdeñosa.

Tenía, cruzando su hombro izquierdo, un arco y un pequeño carcaj repleto de flechas.

Sostenía por la culata con las dos manos un mosquetón, último modelo, en cuyo extremo colgaba un pañuelo blanco.

Abdón Peribáñez, sin demostrar extrañeza, hizo una señal invitando a entrar al jíbaro.

Éste avanzó, solemnemente.

—¿Quién eres y qué mensaje traes?

—Soy Huaranca, el caudillo de los mil. Traigo el mensaje de que la fortaleza está sitiada.

Abdón Peribáñez no estaba de buen humor, ni tampoco sus oficiales. No obstante, todos sonrieron…

Resultaba cómico que un pequeño salvaje anunciara que Fuerte Esmeralda, el castillo inexpugnable, estaba sitiado.

—Tu mosquetón, que Dios sabe cómo habrá, caído en tus manos, te hace soñar, Huaranca. ¿De quién eres mensajero?

—De Runa Cuntur,

—¿Quién es Runa Cuntur?

—“El Blanco Salvaje”. Él me envía, y él te ruega destaques, con pañuelo algunos oficiales que por sus propios ojos puedan comprender y ver que la fortaleza está sitiada.

—¡Acabemos con esa tontería¡—rugió Abdón Peribáñez—. ¡Vos, alférez García, y vos, alférez Balboa, id con el jíbaro! Ved lo que él quiera mostraros, y dejadlo partir libre. No quieren los españoles ser enemigos de los cortadores de cabezas, Huaranca. Pero no vuelvas nunca más a pretender asustar a oficiales de España. ¡Regresad pronto, que tenemos que continuar hablando, señores!

Una hora después, en la sala de estandartes, donde los oficiales reunidos, para guardar silencio, jugaban al ajedrez, sin fijarse en las jugadas, elevóse la voz de Abdón Peribáñez que regresaba:

—El jíbaro debió ser un embriagado presuntuoso, señores. No se distingue la menor apariencia de sitio. El bosque no presenta la menor huella de gente… visto desde las almenas.

Ninguno replicó, e impaciente, el maestre de campo paseó de arriba abajo, hasta que todos pusiéronse en pie, al ver entrar a los alféreces García y Balboa.

La cara de José García denotaba un reciente estupor, pero de otra índole que el expresado por Balboa, que, cuadrándose, anunció:

—La novedad era cierta, señoría. La fortaleza está sitiada.

—Pero..., ¡voto a sanes! ¿Qué decís, alférez Balboa?

—La fortaleza está sitiada, señoría. Mil cien jíbaros armados con mosquetones y dirigidos por dos blancos, que responden a los apelativos jíbaros de Runa Cuntur y Runa Cupay.

—¡Convocad a generala y zafarrancho de combate!—se acaloró el maestro de campo—. ¿Qué son mil cien jíbaros para quinientos soldados españoles?

Perdonad, señoría—intervino José García—Han traído postes y liana, con los que han formado, en dos horas, a favor de la noche, empalizadas que rodean el bosque. Las brechas que dejan son tan infranqueables como las empalizadas, porque cada una de ellas está defendida por cien mosquetones. Hemos recorrido toda la línea. Harían falta dos mil españoles para romper el cerco. Las empalizadas no pueden ser saltadas a caballo.

—¡Voto a sanes! Vos sois el más sensato de mis oficiales,



...la guarnición oteaba incansablemqnte el bosque...

Balboa. ¿Corroboráis lo dicho por el alférez García?

—En todo, señoría.

—Pero... ¿qué pretenden esos jíbaros?

—Sitiar por hambre, cortando todo acceso de suministros.

—¿Pretenden que nos rindamos? ¡Nunca! No entiendo qué se proponen...

—El blanco llamado Runa Cuntur ha anunciado que os visitará, señoría, para manifestaros su deseo y... añadió algo extraño. Dice que es posible que levante el sitio voluntariamente, pero que al menor intento de ataque por nuestra parte, arrasará la fortaleza y sus cimientos. Tienen cañones, señoría. Ha sido un cerco muy premeditado y bien concebido. La fortaleza está sitiada.

—¡Todos a sus puestos! ¡Guardia de zafarrancho! Mañana al amanecer os comunicaré mi decisión.

Fuéronse todos, menos el alférez José García.

—¿Deseáis hablarme, alférez?

—Sí, señoría.

—Urgen otras cosas ahora.

—Urge que sepáis, señoría, lo quo hasta hoy callé. Procedente de la guarnición de Riobamba, pedí voluntario formar parte de la guarnición de Fuerte Esmeralda, porque me interesaba sobremanera, por una razón que más tarde os diré, cuando crítica sea la situación. Por el instante, anticiparé que mi verdadero nombre es José Harley García. Mi padre era inglés y se llamaba Arnold Harley.

—Todo eso por el instante no tiene interés, alférez. Libre sois de usar el apellido materno.

—En Riobamba supe que Diego Lucientes, en compañía de un árabe, había sido capturado por el conde Ferblanc, y esperaba ser conducido al cadalso. Escapó... Y Diego Lucientes, al igual que el árabe apodado “El Chacal”, fué bien descrito en las proclamas fijadas por doquier. ¡Runa Cuntur es “El Chacal” y Runa Cupay es Diego Lucientes!

—¿Eh? ¡Voto a sanes! ¡Todo parece confabularse para enloquecerme ¿Por qué sitia Diego Lucientes la fortaleza donde está su hija?

—Sabrá quo por las buenas no podrá entrar aquí, porque es obligación de todo servidor de su majestad, capturarle.

—¡Endemoniada situación! En fin, id a vuestro puesto. Mañana habré decidido. Por el instante, la fortaleza está sitiada, y esto es lo primordial.

En todas las almenas, la guarnición oteaba incansablemente el bosque que se extendía al pie de la colina.

No se veía más que la confusa sombra de la vegetación…

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Dos jefes en discordia

Los jíbaros demostraban ser resistentes y ágiles. Avanzaban con tenaz tesón. Muchos de ellos arrastraban pesados cañones. Otros transportaban pesados postes…

Todos llevaban mosquetón al hombro, pistola al cinto, además del carcaj y el arco.

Armados con fuertes machetes, avanzaban los "cortadores", segando hábilmente la tupida vegetación, para abrir camino en la selva.

Tras éstos, dos jinetes, los únicos hombres a caballo, mantenían al paso sus monturas.

Cabalgaban bota contra bota.

—Es disparatado, descabellado, absurdo, "Chacal". Lo lamentarás. Estás obcecado, obseso…

—Dominas el adjetivo, Lucientes.

Y Cheij Khan sonreía. No era el rictus cruel, sino sonrisa amable.

—Detesto ahora las ironías, "Chacal". Hazme caso. Tú mandas absolutamente en estos jíbaros. Diles que regresamos al Edén del que nunca debieron salir.

—Tumuc Humac ordenó a Zocta y Huaranca, los dos caudillos, que debía ser sitiado Fuerte Esmeralda. En lo demás, sólo a mí obedecerían. Por motivos que ignoro, Tumuc Humac desea que sea sitiada la fortaleza, y esto favorece mi deseo.

—Atiende razones, hijo. Tú no querrás que te descerraje un plomo en la nuca, ¿verdad? Y digo en la nuca, porque pelear de frente contigo, seria perder.

—¿Por qué habrías de matarme, Lucientes? Tú eres mi único amigo, y te aprecio.

—Yo podré dar la impresión de ser un "cantamañanas", pero

llegada la hora de ponerse serios, no me gana en seriedad el más sesudo asesor. ¿A dónde vamos?

—Lo sabes.

—Quiero oírtelo explicar.

—A sitiar Fuerte Esmeralda. Largo viaje.

—¿Para qué sitiar?

—Porque con mi sola fuerza no podría entrar en la fortaleza.

—Bien. Ya has entrado en la fortaleza. ¿Qué más? Hazte cargo que andas por ella. ¿Qué harás?

—Pedir ser recibido por el alcaide, primero. Al serlo, le expondré que deseo arrodillarme ante Gabriela Lucientes.

—Ya estás arrodillado. ¿Qué más?

—Lo que a ella le diré, tendrá el fervor de una oración.

—Vete rezando.

—Le diré que solamente ella puede salvarme…

—Ya. Y otras lindezas más, que quizá ella escuchara si no llegaras como sitiador. Te cree muerto.

—Me verá muy en vida.

—¿Qué más?

—En la fortaleza habrá capellán. Nos casará.

—¿Sí? Mi hija tiene, como yo, la debilidad de no hacer nada a la fuerza.

—Yo la quiero, y ella me quiere,

—¿Y traes como testigos de boda mil jíbaros?

Sonrió alegremente el hijo del Pirata Negro.

—Dijo Tumuc Humac que la mujer desea siempre un pretexto. Gabriela es muy mujer. Si no acepta mis suplicas, le diré que la suerte de las quinientas vidas de la guarnición depende de ella. Y tanto deseo que tu hija sea mi esposa, que a todo estoy dispuesto. No la vuelvo a perder. Ella salvará su orgullo. Con íntima complacencia aceptará sacrificarse: tiene un pretexto. ¡Y será mi esposa, don Diego! Revivo… Estoy como el hombre nuevo que tras una noche larga de años de tinieblas, ve el sol de una aurora eterna…

—Todo lo das por hecho, menos una cosa.

—¿Cuál?

—Las reacciones de una mujer, y si por añadidura ésta es mi hija, nadie las puede prever.

—Ella me quiere.

—La mujer no es fortaleza que se conquista a la fuerza, sino por etapas sucesivas que… ¡Repámpanos! No estoy para filosofar neciamente. ¿Has contado con mi reacción? Esto puede terminar como no puedes suponerte, “Chacal”…, ¡porque tú no cuentas con mi reacción!

—Tú sabes que es bueno el fin que me guía. Hacer feliz a tu hija, siendo yo feliz. De vez en cuando me llamas “hijo”… y no sabes el íntimo temblor de cariño que en mi corazón suscitas. ¿Por qué enojarte conmigo?

—Yo deseo que todo salga a la medida de tus propósitos, hijo… —dijo, emocionado, el madrileño—. Te veo ahora tan humano, tan cálido, que mereces serlo siempre… Pero… ¡no quiero ni consentiré que vuelvas a ser Runa Cuntur, el blanco salvaje!

—Ya no lo seré, Runa Cupay—sonrió el hijo del Pirata Negro— No debiste venir…

—¿Cómo que no? ¿Quién es la sirena de la fortaleza? ¿No es mi tormento de niña?

—Tú sabes que ninguna villanía puedo yo hacer, no ya contra tu hija, sino contra mujer alguna…

—Pegaste a las amazonas…

—Porque la soledad y el amargo vivir sin ilusión me hizo olvidar la oculta voz de la sangre, que Tartar pretendía me impedía cometer maldades. No debiste venir…

—Vas a saber por qué he venido. No sólo porque es mi hija la sitiad sino porque Tumuc Humac tiene prisionero al conde Ferblanc y me aseguró que únicamente nuestro regreso después de sitiar la fortaleza, evitaría que la cabeza del hidalgo Lezama, adornase choza jíbara.

—Regresaremos. Yo no odio ya al conde Ferblanc.

—Algo es algo. Tu euforia de enamorado te hace ser generoso. ¿Por qué hablas ahora casi con afecto del que considerabas el mayor de tus enemigos?

—Si el gobernador nos facilitó única huida cuando el verdugo esperaba, ¿crees que lo hizo por nosotros

—Ya sé que fué porque el hidalgo Lezama estaba dispuesto a declararse en pabellón libre, arremetiendo contra cuanto hasta entonces defendió, si nosotros servíamos de pasto al verdugo.

—No es sólo por eso por lo que adivino mucha nobleza en el que llamas "el hidalgo Lezama". En juicio..., cuando me miraba, había en sus ojos un viril sentimiento. Algo inexplicable, Lucientes. Pero me sentí enojado contra mí mismo, porque aquella mirada era algo que no sé definir... Algo que despertaba en mi alma, como evocaciones de otra vida. La misma sensación que contigo tengo a instantes, de que de niño eras mi amigo...

Un jíbaro vino a tocar la bota de Cheij Khan, abstraído en el recuerdo.

—Runa Cuntur.

—¿Qué deseas, Huaranca?

—El crepúsculo se aproxima. Distamos cien leguas de la fortaleza. Dame órdenes.

—Esta noche seguiremos avanzando. Mañana, al nacer el día, reposaremos, y de ahora en adelante, sólo viajaremos por la noche. Que tus exploradores elijan los mejores lugares para que nuestro avance no sea advertido. Y que dos exploradores procuren cerciorarse de la vida interna de la fortaleza.

Fue tres días después, cuando uno de los exploradores, después de aludir a ciertos pormenores bélicos, añadió, sin pensar en las trascendentales frases que emitía:

—...el blanco que proporciona víveres y pertrechos a la fortaleza espera contraer enlace con la blanca cuyos cabellos tienen destellos de oro y sangre. Los negros esclavos del blanco llamado Fergus Slack, desean que pronto se case su amo con la blanca de los cabellos oro y sangre, porque esperan así verse libres de la tiranía del blanco.

Hizo Cheij Khan una señal de despedida. Miró después con rictus cruel a Diego Lucientes.

—Tu hija pronto me olvidó.

—¿Qué querías, alma mía? No iba a vestir luto eterno.

—Mataré al llamado Fergus Slack.

—Buen principio para que Gabriela te mire con buenos ojos. "Chacal", yo no sé cómo va a terminar esto, pero presiento fúnebres presagios. Y ¡te juro que si no fuera porque preso está el hidalgo Lezama, no seguiría tu camino! Sonará lo que tenga que sonar, pero ojalá no sea el pistoletazo con el cual yo te abata, como a lobo rabioso que fuiste...

Acentuóse la mueca salvaje de Cheij Khan.

—Tú hija pronto me olvidó.

—El rencor no tiene razón de ser, “Chacal”. Cierto estoy de que ella tiene en su alma un altar para ti..., pero es joven, hermosa y sana. Necesita vivir...

—¡Yo también! ¡Y ella sola puede darme vida!

Apartóse Cheij Khan, y poco después, lejos de Diego Lucientes, habló brevemente con Huaranca, el caudillo de los mil, y Zocta, el caudillo de los cien.

—Mi amigo Runa Cupay está enfermo. Padece del mal blanco que quita el pensar. Podría atacarme, y no lo quiero.

—¿Lo desarmamos y atamos, Kuna Cuntur?—propuso Zocta.

—No. Que cuatro jíbaros lo vigilen sin que él se dé cuenta. Si hace intento de empuñar arma, los lazos deben impedírselo.

Cuando en lo alto de la colina la fortaleza quedó aureolada en la noche, recortándose contra el horizonte, los jíbaros, ya impuestos de cuanto debían hacer, fueron deslizándose, con mayor cautela que la que hubiera empicado un silencioso jaguar.

Cada uno sabía su cometido. En dos horas, todas las salidas del bosque quedaron cerradas por largas empalizadas. Éstas presentaban algunas brechas, pero la más impetuosa de las cargas de caballería, no podría pasar con éxito.

Y Zocta y Huaranca sentíanse engrandecidos, porque los “pequeños jíbaros” ponían sitio al castillo construido por Pizarro, y hoy defendido por oficiales españoles.

Huaranca colocó al extremo de su mosquetón el pañuelo blanco que acababa de entregarle Cheij Khan.

—Pregunta si tienes alguna duda, Huaranca.

—No, Runa Cuntur. Yo soy caudillo porque mi entendimiento es claro, gracias a las lecciones de Tumuc Humac. Sabré lo que debo decir al alcaide de Fuerte Esmeralda.

Capítulo II

La inesperada defensora

El alférez García fué relevado para que pudiera desayunar y reposar dos horas.

Había amanecido ya. Pero José Harley García no se dirigió al refectorio de oficiales, sino a las habitaciones ocupadas por las dos "perlas de Fuerte Esmeralda".

La mujer negra que estaba al servicio de las dos blancas, por convenio amistoso entre Abdón Peribáñez y el difunto Fergus Slack, mostró todos sus grandes dientes en agradable acogida:

—¡Enseguida, mi señor alférez! Está despierta mi señora marquesa. No durmió mucho, ni tampoco mi señorita Gabriela. Supieron de la muerte de...—y el tono dejó de ser amable—...de Fergus Slack, el "massua" que ningún negro llorará. ¡Voy enseguida! ¡Le pediré a mi señora que os reciba! Deseará saber por qué la fortaleza está en pie de guerra, como dice mi señorita Gabriela...

—Anda ya, Lirio. No acabas nunca de charlar.

La opulenta negra marchóse riendo y contoneándose. ¡Qué lástima que su piel fuera negra!... Aquellos oficiales eran alegres, galantes y generosos...

Mireya de Ferjus recibió poco después al alférez Harley.

—Sentaos, don José. Sé que os place el café, y vais a aceptarme esos pastelillos. Constituyen una labor mía de la que estoy muy orgullosa. Aunque os parezcan sin sabor, haced ver que os gustan mucho.

El joven alférez bebió, comió un pastelillo y con sinceridad, expuso su doble sentir:

—Deliciosa muestra de la genial predisposición francesa al arte de la repostería, señora marquesa. Y a la vez permitidme renovaros mi admiración. Creo que en medio de un incendio, con tormenta en

el cielo y en la tierra, vos, señora marquesa, lograríais crear la impresión de que no ocurra nada. En elogio al Conde Ferblanc debo añadir que producís la placentera placidez que pocas damas suscitan. Veros es sentirse bueno... En fin, perdonad, si os parezco impertinente.

—Vuestros elogios, don José, me son gratísimos. Pueden ser oídos por mi propio marido, lo cual no es extraño, pues por algo sois caballero y español. Pero como presumo que no vinisteis a que conversemos sobre nuestras respectivas cualidades, decidme ya cuánto sucede. Y ahora soy yo quien perdón os pide por mostrarme propensa a curiosear.

—Dieron muerte alevosa a Fergus Slack.

—Lo sé, y no comprendo por qué tenía el cadáver una pluma roja de oficial. Yo creo más bien posible que algún negro, exasperado por malos tratos, aguardara en el foso la salida de Slack, y le diera muerte allí... Pero, habladme de lo interesante. Antaño quizá la noticia de una muerte me hubiera impresionado. Pero desde que me enamoré por vez primera de mi esposo, el conde Ferblanc, estoy curada de espantos. Dice Lirio que... Bueno—y rió Mireya—ella se llama Patrocinio, que así la bautizaron.

—Lirio fué el remoquete que halló el alférez Núñez, y que todos hemos adoptado. ¿Qué dice Lirio?

—Que diez mil cortadores de cabezas dirigidos por diez blancos piratas, se disponen a asaltar la fortaleza. Pero dice que no tiene miedo, porque aquí nadie entrará. Como creo que Patrocinio es un poco imaginativa, desearía que vos me dijerais la verdad. Por mí nada temo... Un sitio, ¿Cuánto tiempo lo podemos resistir?

—Hasta el fin de los siglos, señora marquesa. Víveres tenemos para seis meses.

—Seis meses no son el fin de los siglos.

—Pero alguien logrará romper el cerco, e ir en busca de refuerzos. Claro que eso sólo sería en último recurso. Somos quinientos, y vergonzoso sería que pidiéramos ayuda. He querido veros a solas, porque... es muy grave lo que vengo a deciros.

—Nada es grave, dice mi esposo, si examinamos con frialdad toda situación.

—Hay mil cien jibaros, poseen cañones, armas de fuego, y sus peligrosas flechas. Son acaudillados por dos blancos, fugados del

verdugo. Y... —aproximóse Harley García hasta que su voz fué un susurro: —...uno de ellos, el apodado Runa Cupay... es Diego Lucientes.

Mireya de Ferjus, estaba "curada de espantos", pero esta afirmación anterior no le impidió ahora abrir hasta el máximo sus ojos de suave mirar.

—¡Diego Lucientes! Pero... ¿cómo sitia fortaleza donde está su propia hija? No lo creo posible.

—Difícil también se me hace creerlo, pero sin lugar a dudas es Diego Lucientes el que los jíbaros llaman Runa Cupay.

—Habrá enloquecido. No debe Gabriela saberlo. Yo pediré permiso al Maestre para salir y hablar con don Diego. Veréis como todo se aclarará.

—El otro blanco, es Runa Cuntur... Un árabe también con la cabeza a precio, apodado "El Chacal".

—Hicisteis bien en hablarme, don José —dijo Mireya, tras unos instantes de silencio y meditación. —Ahora casi adivino lo que sucede. Como acaudillan jíbaros, no logro adivinarlo... Pero lo que trae a "El Chacal" es... En fin, permitidme que llame a Gabriela.

—Con vuestra venia me retiraré.

—No, no. Debéis estar presente. Ante vos, ella se dominará mejor.

Instantes después, la aparición quo penetró en la antesala ocupada por Mireya de Ferjus y José Harley García, hizo que éste, boquiabierto, parpadeara creyendo soñar.

Era un paje, un esbelto paje, llevando airosamente chambergo de oficial, y espada al cinto, el que acababa de entrar.

Pero era Gabriela la que sonriente, aunque ojerosa, anunciaba:

—Presta estoy a ser una más en la guarnición. Hace tiempo que no vestía estos ropajes, pero ahora se imponen. Fuera sentimentalismos. Nos os sonriáis, alférez. Qué recibí lecciones de mi padre y del conde Ferblanc, y domino la esgrima como el mejor oficial de infantería. Y ved que no llevo pluma roja en mi chambergo, que me regaló Micheto. Yo también quiero indicar que considero imposible que ningún oficial haya dado muerte alevosa a Fergus Slack. Le he llorado porque era bueno conmigo. Y ahora, decidme, alférez: ¿qué hay de esos diez mil jíbaros de que habla Lirio?

—Siéntate, Gabriela—invitó Mireya—. Ya que vistes jubón, calzas y botas, procura ser viril, sin por eso perder tu encantadora feminidad.

—Grave es el exordio—replicó ella, sentándose.

—¿Cuántos años hace que viste por última vez a Cheij Khan?

Ensombrecióse el rostro de Gabriela, cuyos azules ojos eran ahora cielo empañado de nubes, según pensó José Harley García.

—Siglos de ausencia ha dejado en mi corazón...—musitó.

—Ten valor, Gabriela... Yo sabia, pero hasta hoy nada quise decirte. Obedecía los deseos de Carlos, que dijo que puesto que los dos os hacíais la vida imposible, mejor era que los dos os creyerais inexistentes.

Pálida, murmuró Gabriela Lucientes:

—¿Qué... significa...?

—Cheij vive.

Cayó ella de rodillas, ocultando el rostro en el regazo de Mireya de Ferjus.

Inició el alférez el ademán de retirarse...

—No os vayáis, don José. Debe Gabriela saber lo que ocurre. Tarde o temprano lo sabría por otros labios... ¡Cheij Khan está aquí, Gabriela!

Alzó ella el rostro bañado en lágrimas, un rostro en éxtasis de incredulidad.

—¿Aquí?

—Es el que acaudilla a los jíbaros. Seguramente no se dispone a maldad ninguna... Debes hablarle, Gabriela, y ser sincera. No permitas que tu orgullo hable, sino tu amor que...

Repentinamente en pie, gritó la hija de Lucientes:

—¡Ahora ya sé! ¡El maldito chacal es el que ha matado a Fergus

Slack! ¡Esta ha sido su primera carta de amor! ¡Juró matar a quien me cortejara!

—Cálmate, querida—suplicó Mireya—. Un destino adverso de coincidencias y fatalidades acusa siempre al chacal. No tienes pruebas de lo que dices. .

—¿Quién sino él... brutal y alevosamente pudo...? ¡Él mató a Fergus Slack! ¡Y si ante mí se presenta, lo he de matar!

Marchóse ella, impetuosamente.

—Rudo ha sido el choque, señora marquesa. No entiendo, pero

supongo que debieron “El Chacal” y ella amarse y…

Explicó Mireya de Ferjus el accidentado desarrollo del idilio entre Cheij Khan y Gabriela Lucientes.

Cuando terminó su relación, José Harley García se levantó. Saludó en reverencia profunda:

—Tengo que oír las peticiones del que ahora es Runa Cuntur. Prometió acudir esta mañana. Y según me parezca, yo, señora marquesa, haré como vos. Seré defensor del enamorado que tan adverso destino ha encontrado. A vuestros pies.

Capítulo III

Los dos enamorados

En la sala de estandartes, don Abdón Peribáñez y todos los oficiales, aguardaban con cierta curiosidad.

Un jinete, que no podía ser otro que Runa Cuntur, había sido avistado portando bandera blanca.

Y al esfumarse el sargento, entró Cheij Khan.

Casi hubo desilusión en los espectadores, menos en Balboa y en García. Creían ver a un hirsuto blanco de complexión sanguínea y rostro torvo y amenazador, y vieron un joven de varonil prestancia y mirada agradable, vestido con jubón de cuero, calzas obscuras y negras botas. Ceñía espada, e iba pulcramente rasurado, menos un bigote delineado finamente, que hacía resaltar los blancos dientes, cuando en sonrisa amable, saludó cortésmente a los reunidos.

—Permitidme presentarme, señor alcaide de la fortaleza sitiada, y señores oficiales. Fuera de estos muros, soy Runa Cuntur. Dentro de ellos, por generosa invitación vuestra, soy Cheij Khan.

—Sois jefe de los sitiadores, y venís en calidad de inviolable parlamentario. Somos españoles, y a la hora de la lucha, implacables, pero en cortesía nadie nos gana. Tomad asiento, y exponed las razones por las que sitiáis un fuerte español.

—Es simbólico el cerco, si vos no deseáis otra cosa, señor alcaide. Obedezco órdenes superiores, pero si las obedecí fue porque con mi acatamiento, realizaba un impulso personal.

—¿Qué razón de guerra os impulsa contra España?

—Ninguna... si todo resulta como espero. Personalmente no habría podido entrar, y si lo hubiera podido hacer me hubiera sido difícil abandonar este lugar. Larga es la historia, y perdonad si no os la cuento. El sitio será puramente simbólico, si no hay ataque por vuestra parte.

—No acierto a penetrar vuestras oculta, intenciones.

—Todo es increíble, señor alcaide. Hay en esta fortaleza una dama.

—Dos—corrigió secamente Abdón Peribáñez.

—Me refiero a Gabriela Lucientes.

—Seguid.

—Deseo tener entrevista a solas con ella.

—Podéis partir por donde habéis venido, Runa Cuntur. Hay aquí nuestras once espadas, y llevan en su hoja el lema...

—"No me saques sin razón, ni me envaines sin honor"—sonrió Cheij Khan—. Razón y honor me asisten. Ella es mi prometida. Y ya que os he hecho esta confidencia, continúo. Ella accederá a verme. Os lo aseguro. Y ella deseará que sea a solas, porque ningún galante caballero puede oír lo que tienen que decirse dos enamorados, tras larguísima ausencia.

—Esta fortaleza está sitiada. No es tiempo ni ocasión para que pueda escuchar, al igual que mis oficiales, vuestras extrañas frases que no pretendo comprender, porque más graves problemas reclaman mi atención.

—Insisto cortesmente en que me permitáis ser recibido por Gabriela Lucientes.

—Id vos, Balboa, a manifestar a la señorita Lucientes la extraña pretensión de... Runa Cuntur.

Salió el oficial aludido.

Abdón Peribáñez tosió para aclararse la garganta:

—¡Voto a sanes, señor! ¿Acaso pretendéis hacernos creer que sitiáis una fortaleza para obtener entrevista amorosa?

—Así es, señor alcaide.

—Si ella fuera vuestra prometida, ¿qué falta os hacía sitiar la fortaleza?

—Mi cabeza está a precio.

—Sois parlamentario de fuerza en cerco. La ley bélica nos exige respetar vuestra vida.

—¿Veis pues como para obtener mi propósito me era necesario acaudillar mil cien jíbaros?

—Sois un traidor, Runa Cuntur.

—¿A quién?

—A vuestra raza.

—Mi raza es la del árabe vagabundo, cuya única meta es cumplir su sueño de amor. Excusadme, pero, sin amenazas, os juro que antes que perder de nuevo a mi prometida, dispuesto estoy a que perezcáis todos por hambre. Felizmente, espero que Gabriela lo impedirá. Allí viene vuestro oficial—. Y en la voz de Cheij Khan, hubo ahora una vibración de ansiedad.

El alférez Balboa se cuadró, procurando que su rostro no exteriorizara toda su estupefacción:

—La señorita Lucientes ruega a su señoría y a los señores oficiales, que tengan la gentileza de permitir que ella se entreviste a solas con... el visitante.

—Sois parlamentario, Runa Cuntur—dijo el Maestre de Campo—. Pero atended a mi cortés advertencia. Yo acato la orden de la señorita Lucientes... Si la menor libertad os tomáis, no saldréis con vida de esta sala, cuya salida custodiaremos nosotros. ¡Salgamos, señores oficiales!

Quedóse Cheij Khan a solas...

En el corredor, los diez oficiales y el Maestre de Campo, vieron acercarse a “la amazona”—. Una nueva sorpresa...

—Gracias, señores—dijo ella, procurando afirmar la voz, y temiendo que los fuertes latidos de su corazón fueran audibles—. De vuestra galantería espero que oigáis lo que oigáis, no entraréis. El alférez García os puede explicar lo que tan extraño se os antoja. Él sabe, por relación de mi amiga la marquesa, la historias del más extraño amor, que empezó por mentira y sólo el Cielo sabe cómo terminará.

Saludaron todos, alejándose del umbral.



—Así te conocí, Gabriela. Un paje de ensueño...

Gabriela Lucientes miróse puerilmente el seno. Tenía la certidumbre de que su corazón iba a estallar, y de que era visible la indominable emoción que la poseía.

Pero había visto subir al jinete hacia la fortaleza. Y desde entonces, había decidido lo que iba a decir y hacer.

Procuró entrar con paso firme... pero a medio camino se detuvo, contemplando transfigurada, al que en silencio, aproximábase a ella, e hincando la rodilla en el suelo, aplicaba la frente contra su mano diestra.

—Así te conocí, Gabriela. Un paje de ensueño... La amazona valiente y orgullosa... En mis labios hubo entonces mentira, y hoy tiemblan súplicas... Nunca me dejaste, Gaby... porque vivías continuamente en mí.

Ella, tendió la mano izquierda, que impulsivamente dirigíase a acariciar los negros cabellos del hombre arrodillado.

Pero dominándose, mordióse los labios, y trémula la voz que quiso hacer burlona, imprecó:

—En pie, chacal. El zorro está mintiendo, pero el lobo ruge en tu cerebro. En pie, chacal.

Alzose lentamente el hijo del Pirata Negro. Sonreía con tal éxtasis de fervor, que Gabriela Lucientes entornó los párpados, para

poder decir:

—Te aborrezco, Cheij. Y de cualquiera seré la esposa, antes que de ti.

—Me amas, Gaby, y deseas que unidos vivamos siempre.

—Los años no te han hecho perder la presuntuosa soberbia de aventurero hipócrita.

—Los años me han hecho comprender que no debo perder lo que es y será mi dicha. Insúltame cuanto quieras, amazona... A todos tus insultos, sólo replicaré lo que lees en mis ojos: te amo. Dos palabras, pobres, porque de todos es fortuna. Te amo. Dos palabras que otros han repetido. Pero ¡en mi es oración!

—El zorro rastrero no reza, chacal. Muerde, asola y destroza. Mancha con su baba cuanto toca... Es de atractivo pelaje, pero de repulsiva alma. Es... compendio de crímenes.

—Te amo.

—Mataste a tres amigos bondadoso, que sólo cometieron la imprudencia de intentar defenderme.

—Te amo.

—Defiéndete... Rechaza mis acusaciones.

—A nadie de los que te querían hice daño. Te amo.

—Eres ridículo, chacal.

—Y tú. Vibra en tu voz un falso desprecio. Anhelas que en mis brazos te coja, y bese tus labios, que nunca besé...

Retrocedió ella, desenvainando empavorecida por secreta emoción anhelante....., Su virginal aliento se acaloró por presentida rendición.

Obscuramente sabía que si los labios del único hombre que era dueño por entero de su pensamiento, se posaban en los suyos, sucumbiría...

Y quería fortalecerse contra el que creía un criminal, sólo humano cuando de amor le hablaba.

—Esta espada hincaré en tu malvado corazón, si das un solo paso. ¡Atrás!

—Me temes, porque me amas. Cesemos de ser niños que siempre búscanse querella. Es bello vivir cuando miro tus azules pupilas, que no pueden mentir lo que no sienten. Hay amor, un loco amor, en tus azules trocitos de cielo...

—Hay odio... contra el que destruyó toda mi ilusión.

¡Defiéndete, chacal, porque de mi mano has de recibir la muerte!

Limitóse Cheij Khan a desenvainar cuando el acero de Gabriela Lucientes dirigíase en recia estocada contra su cuello.

Y a la vez que desenvainaba azotó lateralmente la espada empuñada nerviosamente por ella.

Y la sonrisa del enamorado, desarmó a Gabriela Lucientes, por incomprensible. No se dió cuenta, pero su espada estaba ya en poder de Cheij Khan, quien besó la empuñadura.

—Hay tibieza de tus manos en este frío metal. Es hermoso vivir cuando todo sonríe. Eres mía, Gaby... Me perteneces. Y es tal el tesoro de felicidad que puedes darme, que para obtenerlo, no he vacilado en sitiar una fortaleza. Y un hogar te tengo preparado, como mujer alguna soñar pudiera.

Retrocedió ella lentamente para sentarse. Adoptó un semblante de reflexiva frialdad.

—Tienes razón, Cheij. Me comporto como una niña, y has podido creer que te amaba. No se irrita la mujer que no quiere. Pero no es enojo de enamorada herida por la primera mentira de amor, que dura eternamente. Es ira poique por tu obcecación pones en peligro la vida de muchos inocentes.

—Sálvalos—dijo él, sonriente.

—¿No te humilla pensar que yo quizá consentiría en ser tu prisionera, si tuviera la certeza de que no corría peligro quien no es culpable de que seas un criminal?

—Por tu eterna compañía, desalojaría los cielos, e invadiría los infiernos. No he de dejar piedra sobre piedra ni vida alguna en todo este recinto, si persistes en dejarme a solas con mi amor.

—Sonríes...

—Porque tú serás mi esposa, de buen grado, o por salvar a una fortaleza sitiada por cortadores de cabeza.

—Tú mataste a Fergus Slack.

—No. Cuando aquí llegué ya le habían dado muerte. Esto me evitó hacerlo.

—¡Vete! ¡Sigue al frente de tus salvajes! ¿Cómo puedo creer en quien hasta el último momento sigue mintiendo?

—No miento, pero ya que todo parece siempre rebajarme a tus ojos, no insisto. Tú serás mi esposa...

—¡Antes muerta!

—Lo dijiste muchas veces... y muy en vida, vendrás a mí. En mi tierra natal hay un proverbio que dice: “Feliz el enamorado que sabe esperar viendo a lo lejos segura la hurí de sus ensueños”.

—Vete...

—Me voy, porque el primer beso que te dé, será réplica a la invitación de tus labios. Te amo tanto, Gaby, que hasta siento alegría en sentirme niño... Quisiera verte patalear... Allá en el bosque esperaré... Con qué gozo te veré acercarte, sumisa... Sí, no lo niegues. Tú no podrás consentir en que inocentes pierdan la cabeza, porque tu cabecita no quiera obedecer a los dictados de tu buen corazón. Te estoy adorando, Gaby, porque hay luz de caricia en tus ojos, y habla de amor la expresión de tu rostro...

Levantóse ella, para abandonar corriendo la sala. Quedóse Cheij Khan arrobado... Era feliz: Gabriela Lucientes sería su esposa.

En la sala entró el Maestre de Campo seguido por los oficiales. Tres de los alféreces apuntaban con sus pistolas al que en pie, tardó en volver a la tierra...

—Idos, Runa Cuntur.

—¿A qué obedecen esas tres pistolas?

—Os abatirán al menor movimiento de amenaza.

—Sólo existe amenaza en vuestra actitud.

—Vos levantaréis el sitio y os alejaréis, ¿a cambio de qué?

—Ella quiere ser mi esposa, y voluntariamente se reunirá conmigo. No hay pues razón de enemistarnos, señor alcaide.

—Ella nunca se reunirá con vos. ¡Cuidado! Al menor movimiento caeréis acribillado.

—No pienso morir tontamente, por un impulso colérico. ¿Por qué con esa imperdonable insolencia, aseguráis que ella nunca se reunirá conmigo?

—Tengo orden de que mis dos alojadas no salgan bajo ningún concepto de la fortaleza. Sólo en caso de la personal demanda del Conde Ferblanc, saldrán.

—¡Mis jíbaros arrasarán la fortaleza!

—Vos sabéis que vuestros salvajes, pueden sitiar, pero no atacar. Serían exterminados. Idos y dad gracias a que no somos salvajes, y respetamos al parlamentario. Idos, Runa Cuntur, y desistid de vuestros propósitos.

Cheij Khan dio unos pasos... Sin murmurar palabra alguna

abandonó la sala, y poco después, un sargento lo acompañaba por la ladera de la colina hasta el linde del bosque.

Capítulo IV

El señor alcalde se impone

Gabriela Lucientes fué informada por el alférez José Harley García de la decisión de Abdón Peribáñez.

Notó el alférez que ella estaba en el paroxismo de furor, que manifestó diciendo:

—¿Quién es él para impedirme lo que yo deseo? Si quiero reunirme con Runa Cuntur, lo haré... pese a que sea un criminal. Le odio y le quiero... Soy una desgraciada, amigo mío. Vos sois bueno... Sabéis mi historia.

—¿Os apena suponer que "El Chacal" dió muerte a Fergus Slack?

—Mintió de nuevo al jurar que no era él quien asesinó.

—No mintió.

—¿Cómo... podéis asegurarlo? ¿Por galante bondad de querer consolarme?

—Sentaos, Gabriela. He de contaros una larga historia, para que mientras la oigáis, os soseguéis. No me llamo solamente José García. Me llamo José García Harley. Nací en Caracas. No conocí a mi padre, ya que éste murió siendo yo muy niño. Quedé solo con mi madre en tal ciudad. El consorcio comercial que había dado empleo a mi padre, pasó una modesta pensión vitalicia a mi madre, por considerar que mi padre había hallado la muerte en viaje de negocio. Me hice soldado, pero con la natural curiosidad de la extrema juventud, fui preguntando a cuantos podía sobre las extrañas circunstancias en que mi padre Arnold Harley halló la muerte.

Gabriela Lucientes no escuchaba con gran atención. Sólo paraba mientes en la situación que se ofrecía dada la actitud del Maestre de campo.

—La primera versión que pude obtener a base de las distintas

narraciones, fué la siguiente: mi padre, que formaba parte de un equipo de tres audaces viajeros, tenía por misión traficar en las Guayanas con factorías libres y algunas tribus medio salvajes. Unos *haussas* nómadas mataron a los compañeros de mi padre; logró éste escapar malherido, y llegó a un puesto avanzado regido por un inglés llamado Fergus Slack.

Con súbito interés, escuchó Gabriela Lucientes la continuación del relato.

—Según todas las versiones, los *haussas* que habían matado a mi padre, persiguieron a éste, incendiaron la factoría de Fergus Slack y se apoderaron de un cinto con diamantes que mi padre había obtenido traficando en el interior. La expedición de castigo, compuesta de cien soldados, al mando de un teniente, halló la factoría de Fergus Slack en cenizas y los cadáveres de mi padre y un negro gigantesco que mantenía en su mano derecha un cuchillo corto y de ancha hoja, que era el que había apuñalado a mi padre. Del inglés que regía la factoría no sé encontró huella. La expedición de castigo, después de matar a, algunos *haussas* regresó diciendo que lo más probable era que Fergus Slack hubiera sido capturado por tales salvajes. Yo pasé una larga temporada por los alrededores de la factoría en ruinas donde mi padre había hallado la muerte. A todo individuo que encontraba le preguntaba si podía informarme sobre el drama de la selva. Por fin, di con un superviviente. El fuego empezó en la choza de Fergus Slack y prendió en el cobertizo donde estaban encerrados los negros. Sólo uno logró escapar, al desmoronarse el cobertizo, y éste, por efecto de las quemaduras y de aquella noche de terror, estaba totalmente loco y no decía dos palabras seguidas con coherencia, pero tuve calma.

Hizo una pausa el narrador, para proseguir:

—Logré hacerlo mi portador, e inspirándole con una hoguera que encendía por las noches, cerca de la cual le obligaba a permanecer pese a su temor, obtuve en varios retazos la versión exacta y desconocida de lo que realmente ocurrió en la choza de Fergus Slack.

Interesada, a su pesar, adelantó Gabriela el busto.

—Me costó tres meses de paciencia. Pero al fin, el negro, en forma fragmentaria y por exclamaciones acompañadas de mímica simiesca, me enteró de la verdad. Fué testigo presencial, ya que sin

ganas de dormir, se había aproximado a la estrecha rendija enrejada que en el cobertizo donde dormían, les servía de respiradero. Vió a Fergus Slack coger en sus brazos a mi padre herido, y salir media hora después, con mi padre, otra vez en brazos, pero... con un cuchillo clavado en el pecho. Y entonces Fergus Slack prendió fuego a su propia choza; el resto era fácil de entender. Se quedó con los diamantes, colocó el cuchillo en la mano del negro, que era su capataz, y que aquella tarde había sido su primera víctima... y Fergus Slack desapareció de la Guayana. Fui de guarnición en guarnición, hasta que encontrándome en Riobamba, oí hablar de un inglés muy rico, que con cien esclavos, tenía una especie de plantación, alrededor de este fuerte. Pedí el traslado... y el resto comprendedlo. Fergus Slack no podía morir noblemente, sino como mató. En el foso, anoche, le dije quién era. Lo derribé a puñetazos, lo pisoteé, le apuñalé por la espalda... y no me avergüenzo decir que me comporté como un energúmeno.

Respiró hondamente el alférez:

—Mi madre, minada por la pena de la muerte de mi padre, envejeció prematuramente, y murió teniendo yo quince años. Bien, señorita Gabriela, ahora sabéis que no fué nuestro sitiador quien mató al canalla de Slack. Los demás oficiales me han oído narrar cuanto os he relatado. Lo hice antes de decidir entregarme, pero todos ellos se opusieron. Por eso nuestros chambergos no ostentan la pluma roja.

—¿Por qué la dejasteis?

—No la dejé. Debió caerse. En fin, quedo vuestro servidor... Y os deseo que logréis convencer al alcaide, no para que sea levantado el sitio... sino porque amáis a Runa Cuntur...

Estrechó ella la mano del alférez, que aparentemente parecía tan desprovisto de seso, y poco después entraba en el despacho particular del Maestre de Campo.

—Vengo a hablaros, señor Peribáñez.

—Vuestro servidor, Gabriela. Tomad asiento.

—En pie hablo mejor—y cruzó ella los brazos, deliciosamente femenina en su atuendo y postura viril—. ¿Qué respuesta disteis a la petición de... Runa Cuntur?

—La única que podía dar un caballero que se estime.

—Oid, alcaide: yo sé que vos os habéis quejado de que os

tomaran por anfitrión y guardián de doncella y esposa ajena.

—No os acaloréis, Gabriela. Lo que digo, dije, sostengo y mantengo, es que ésta es guarnición de solteros...Y empezaron los misterios y las rencillas para culminar en la muerte de Fergus Slack. ¿Por qué? Porque sois bonita.

—Gracias por el piropo, pero ahora no estoy como mujer, sino como..., bueno, como parlamentario. Yo quiero reunirme con Runa Cuntur.

—Lo siento. Vos no saldréis de aquí porque ésta es la orden que tengo. No habéis venido de visita, sino porque os querían evitar peligros como el presente.

—Cerrad el pico, alcaide. ¡Repámpanos! ¡Yo quiero a Runa Cuntur! Y he de reunirme con él.

—Comprendo que la suerte de la fortaleza os inquieta, y que estáis dispuesta a sacrificaros, pero no lo consiento. Comprendo...

—Vos no comprendéis ni jota, señor barbas.

—Palabras tenéis a veces y expresiones que desdicen de la culta damita que sois.

—Mi padre me las enseñó para casos como estos. Bien está que cuando sea de rigor me ponga yo temblorosa, pero ahora, echo chispas. ¿Quién recórcholis os creéis que sois para impedirme que me reúna con mi prometido

—Soy el alcaide.

—¡Así fuerais el Rey! No me enojéis... porque cuando pierdo los estribos, digo tonterías.

—Os las evitaré—dijo poniéndose en pie, el enfurecido militar. —Sois, desde el momento en que tocaron loa clarines de combate, un soldado más. Aquí ya no hay mujeres. ¡Romped filas, presto! Si os movéis de vuestra habitación, os hago poner grilletes y encerrar en mazmorra...

—¡Atreveos, bergante, y os perforo! —gritó ella exasperada, intentando desenvainar.

Pero su funda pendía vacía. Volvió a cruzarse de brazos.

—Eso quisiera yo ver. Que os atrevierais a encerrarme, so barbudo colérico.

—Decid dos palabras más y lo veréis. ¡Sois un soldado! ¡Estáis formando parte de una guarnición sitiada!

—Veamos, veamos, mi buen don Abdón—suplicó ella, pasando

del enojo al mimo—. Me da vergüenza decíroslo, pero me moriré de languidez si persistís en vuestra actitud.

—Retiraos, señorita. Otros quehaceres más graves reclaman mi atención. Seréis vigilada.

—Vos lamentaréis el haberos puesto así... Sobre vos recaerá la responsabilidad si los jíbaros asaltan...

—Os permito que os calléis, y os retiréis.

—¡Maldito tirano! No importa... No podréis agriarme las campanitas de gloria que repican en mi pecho. Seguid rígido y barbudo, pero yo he encontrado a mi amor, y eso... ¡bien vale cien años de sitio!

Marchóse ella, pero antes de cerrar la puerta en violento golpe, asomó la cabeza añadiendo:

—Y aunque sea volando, yo me reuniré con el que ha venido a pedir mi mano, riéndose de jíbaros, fortalezas y barbudos.

Abdón Peribáñez, sentóse, congestionado.

—Mocosa...—murmuró al cabo de un instante—. Mocosa... ¡Ah, si no fueras una mujer! ¡Voto a sanes! ¡Si no fuera una mujer, por de pronto, no estaría sitiado "Fuerte Esmeralda"!

Capítulo V

Runa Cupay no está conforme

Expuso Cheij Khan a su regreso palabra por palabra cuanto le había sucedido y cuanto se habló en el fuerte.

Diego Lucientes se pellizcó la nariz, rascóse después la sien, y por fin, resumió su pensamiento:

—Esto es un lío, chacal.

—¿Por qué?

—Supongamos que ella quiera venir.

—Vendrá.

—El alcaide no la dejará salir. No son nadie esos Maestres de Campo, hinchados de panes chusqueros, para aplicar a rajatabla los reglamentos. Le han dicho que no sale una mujer de ahí dentro. Aunque fuera su propia suegra, no la dejaría salir.

—Yo entraré a solas en la fortaleza y ella se dejará raptar, porque diga lo que diga, me ama, y si hubieras visto sus ojos, habrías leído en ellos una adoración que...

—¡Alto el galope, potro! ¡Tuerce el timón, navegante! Respeto pido para el padre de la muchacha. ¿De cuándo acá se cuentan esas intimidades al autor de la obra de arte que es ella? Por de pronto, ella no sabe que yo soy Runa Cupay.

—No.

—Escucha, hijo. Me has metido en un fregado espantoso. Bien está que Gabriela y tú os sintáis juguetones... de tanto amor. Pero ¡repámpanos!, aquello es una fortaleza y éstos son unos salvajes jíbaros que por diversión, afilan sus cuchillos pensando en las muchas cabezas que allá dentro hay. Esto es un volcán. Esto es un centenar de barriles de pólvora, y la mecha nadie la tiene, y todos la manejan. Todo esto puede estallar, y no habrá quien se salve.

—¿Qué temes?

—Esos de allá, pueden intentar una salida.

—No quedará ni uno.

—¡Repámpanos! Son españoles...

—Como si fueran bondadosas viejas. Ella es mi esposa, y nadie ni nada se opondrán esta vez.

—Pero, ¿no comprendes que cualquier violencia empeorará las cosas? El primer español que maten tus jíbaros, será la definitiva barrera entre tú y mi hija. Ella sería la inocente responsable, pero no aceptaría ser esposa del autor de...

—¡De fuerza o de grado, ella se casará conmigo!

—Recapacita, "Chacal". Estás enfurecido.

—La he visto, me quiere, y un obtuso alcaide, se opone a que nos unamos.

—Por la diplomacia, más se obtiene.

—No. Bien claro he comprendido que el alcaide no consentirá que Gabriela abandone la fortaleza.

—Bueno... Pues para eso estoy yo.

—¿Tú?

—¡Claro, malos dengues me coman! ¿O es que crees que me vas a traer y llevar a tu antojo?

—Habla.

—No soy un jíbaro. Hablaré cuando me dé la gana. ¿Crees que no he visto que me has puesto cuatro laceros a la pupila como si fuera yo un perro que tiene ansia de morder? No estoy rabioso, aunque me repugne el agua. Tú sí estás rabioso, y eres impulsivo.

—Si no estás conforme conmigo, abstente de acumular obstáculos. La fortaleza se rendirá... aunque tenga que esperar años. Y no los esperaré... ¡Entraré en el castillo!

—Al asalto nos las darán de todas, todas. En plena boca. Sitiamos, pero como ocurre muchas veces, somos sitiados también.

—Enviaré un jíbaro por refuerzos. Pediré a Tumuc Humac otros mil cien, y tomaré por asalto, lo que a cortés petición no quiso rendirse.

—Mal nos veo, "Chacal".

—Mal te veo, si persistes en ennegrecer el horizonte.

—Oye, ¿sabes lo que te digo? Que me estás hartando. Me recuerdas al hidalgo Lezama cuando se ponía terco. No quedan, al igual que con él, más que dos caminos: o dejarte o matarte.

—Déjame.

—¿Cómo voy a dejarte, si estamos los dos en el lío?

—Puesto que tienes mayor experiencia en estas lides, propón solución.

—Yo pido parlamentar. ¿Tengo o no autoridad de padre?

—Eres un fugado.

—Soy el padre de la sitiada.

—Intenta.

—Lo hago por todos vosotros, por los jíbaros, por los españoles, por el alcaide, por mi hija, y por ti.

—¿No olvidas a alguien?

—No me olvido, no. Que le tengo aprecio a mi cuerpo serrano. Que me acompañe uno de los jíbaros portando trapo blanco, que pregone mi sana intención de arreglar ese cocido.

Desde las almenas divisaron al individuo de pelirrojos cabellos acompañado de diminuto indígena que ondeaba al extremo de su mosquetón un pañuelo blanco.

Bajó el puente levadizo, pero salieron al galope tres jinetes.

Diego Lucientes llevóse las manos al cinto.

Los tres jinetes encabritaron sus monturas, frenándolas al llegar ante la pareja.

—Yo soy Abdón Peribáñez, el alcaide.

—Y yo Diego Lucientes.

—Eres Runa Cupay.

—Para los jíbaros.

—Este es el último derecho a parlamento que concedo. ¿Qué deseas, Diego Lucientes?

—Hablar contigo razonablemente, alcaide.

—No tutees.

—En el terreno en que se colocan me coloco.

—No pidas trato cortés a quien como tú es forajido que no vacila en sitiar la fortaleza donde tu propia hija ignora a qué degradación ha llegado su padre.

—Entre todos terminaréis por enfurecerme… He venido a tratar diplomáticamente. Mi hija quiere venir. Yo como padre, se lo consiento. Consiente y asunto terminado. Los jíbaros se marcharán, y habrá cesado el peligro que por oponerte tú al deseo de dos enamorados, estás provocando.

—Locura o maldad inspiran tus palabras. ¿Qué derecho de padre ni de hombre invoca el que fraterniza con hostiles intenciones, aliado a jíbaros que hasta hoy no nos atacaron?

—Sobre ti puede recaer la responsabilidad de cuanto acaecerá si persistes... Deja que me entreviste con mi hija.

—Tu hija no sabe ni sabrá que eres tú quien con Runa Cuntur, pretende en vano humillar a la guarnición de Su Majestad....

—Puede verme.

—Está encerrada y custodiada. Pretendió escapar, engatusando al alférez Urrestarazu que estaba pronto a sucumbir, de no ser por mi oportuna llegada.

Contrajo Lucientes las cejas.

—Escucha, alcaide. Yo no sé si habrá matanzas... Pero lo que sí sé es que por poco que pueda, vas tú a lamentar el ser tan estúpido, y tan...

—¡Soy un militar que se rebaja oyéndote! ¡Vete con tu pobre tribu! ¡Vete... antes de que los cascos de mi caballo te pisoteen, quitándote la vida que tan mal uso te...!

—Calla, mostrenco—gruñó Lucientes, retrocediendo—. Recuerda mi promesa. Yo he de afeitarte... pero sin jabón. En seco y a tortazos.

Pero ya desdeñosamente Abdón Peribáñez había hecho volver grupas a su caballo, y seguido por los otros dos oficiales, reemprendía el galope hacia el puente levadizo, que a medias izado, en previsión de cualquier intento de invasión, se cerró prontamente.

Ante Cheij Khan secóse Lucientes el sudor, que bañaba su frente donde la cicatriz enrojecida acusaba el contenido furor de su dueño.

—Si tuviera yo vergüenza, ¡qué vergüenza habría pasado ahora! Y todo porque tú, mi hija, el alcaide, y cuantos me rodean, sois unos condenados tercos. Si mi hija hubiera abdicado de su legítimo orgullo ofendido, hoy estaría ya con cinco hijos, que es lo que le conviene, y tú no estarías mordiendo el freno. En fin, el mundo entero será testigo, si alguien queda para escribirlo, que en esta historia yo fui el más sensato.

—Yo hallaré medio de entrar.

—Tú dejarás allá el pellejo, porque ya estás dominado por el romántico deseo de asaltar balcones y cantar romanzas a mi tormento de niña. Y allá te recibirán a cañonazo limpio. El

romanticismo, cuando se manifiesta con el coro mudo de mil cien jíbaros, no es paladeado por e1 español, por más galante que sea.

—Zocta tiene una idea

—¿Sí? Veamos. Tendría gracia que un jíbaro nos diera lecciones de sensatez. Oigamos al buen Zocta.

Llamó Cheij Khan al aludido, el cual, solemnemente anunció:

—Nosotros sitiaremos la fortaleza, porque así lo ordenó Tumuc Humac, y lo ordenas tú, Runa Cuntur. Pero tú deseas hacer tu esposa a la blanca del cabello de oro y sangre.

—Sí.

—No puedes entrar en la fortaleza.

—No.

—Ellos no pueden salir, ni saldrá tu anhelada.

—¡Apremia!—impacientóse Lucientes.

—Yo he hallado medio que todo lo arregla. No se lo revelaré si no me prometes que a cambio de ello, mis jíbaros, los cien topos, obtendrán cien cabezas españolas.

—¿Tu medio me permite hacer esposa de la que está sitiada?

—Sí.

—¿Cuál es?

—¿Tengo tu promesa?

—La tienes.

—Mis cien hombres saben arañar el seno de la tierra sin ruido. Abrirán largo camino que permita salir, sin ser vistos, a rincón de la fortaleza.

Dió una palmada Cheij Khan:

—¡Que empiecen tus hombres a excavar!

Alejóse corriendo el diminuto salvaje, que ansiaba ya cortar cabezas.

Diego Lucientes chasqueó la lengua en manifestación de completa desaprobación.

—La idea de Zocta es la única valiosa.

—¡Que te crees tú eso!...—rebatió Lucientes—. No supondrás que los de allá son tan cándidos como para tomar por ratones los ruidos que bajo sus plantas oigan.

—No los oirán. Esos salvajes son hábiles.

—Bien. Ya han horadado la tierra, y salen a sitio donde no hay nadie. Todo lo pondré imaginativamente a tu favor. ¿Qué sucederá

después?

—Por el mismo camino me llevaré a Gabriela.

—¿Y los muchachitos, mientras, que harán?

—Cien cabezas bien valen mi felicidad.

—No estoy conforme. Cien crímenes, porque crímenes será dar rienda suelta a la jauría que sorprenderá seres de nuestra raza dormidos, no te darán la felicidad.

—Tú no tomas parte en ello. Por lo tanto, tu conciencia nada puede reprocharte,

—¿No? Estoy ya harto de que me tomen todos por la caña del pescador, que todos la cimbrean y no puede protestar. ¿Tú crees que yo consentiré que la dote que tú aportes sean cien cabezas humanas de seres que nada te han hecho?

—Se oponen...

—El Alcaide... Y con razón y derecho, porque yo en su lugar lo mismo haría. A mí me pierde el exceso de sinceridad. Pero no lo puedo remediar, y demasiados años tengo para acudir a la fácil hipocresía de mentir que esto está al alcance de cualquier imbécil. Yo prefiero ser imbécil a conciencia, no por hipocresía. Ven acá, gran capitán... ¿Qué te crees que eres?

—Un hombre dispuesto a todo.

—No, querido, no. Eres ahora un criminal en potencia. Un pirata caprichoso que no quiere escuchar la voz de la sangre que tiene que dictarle la verdad. Tú y yo somos dos forajidos, con la cabeza a precio, según la sociedad. ¿Vamos a dar la razón a los jueces y tribunales?

—El mundo y la opinión no existen. Tú lo has dicho repetidamente en varias ocasiones.

—¡Existe mi propia opinión! ¡Y yo me niego rotundamente a consentir la criminal acción que estás ciegamente realizando al consentir que los jíbaros de Zocta abran paso de crimen!

—Tu conformidad no me hace falta.

—Mírame bien, y no te alteres. Comprende que este momento es decisivo. Aun estás a tiempo de evitar lo irremediable. Dile a Zocta que lo has pensado mejor, y que retiras tu promesa.

—No. Di ya mi promesa.

—Entonces... ordena ya a tus laceros que me echen la cuerda. Los veo vigilarme, y veo tu diestra dispuesta a pegar...

Sonrió en mueca burlona Cheij Khan:

—¿Quieres que atado tu conciencia te deje tranquilo?

—Hay instantes, “Chacal”, en que me das pena. Tienes eructos rastreros.

—¿Cuáles?

—Suponer que busco yo defensas para mi conciencia No, hombre, no soy tan timorato. ¡Anda, duro y a ello! Araña tú también la tierra. Escarba… que a cada montón de barro que saquéis, más hondo cavarás el infierno que te preparas.

—No hay infierno.

—¿No? Mi hija sabrá a qué precio la raptaste.

—¿Tú habrás de decírselo? ¿Para qué? ¿Qué son cien vidas humanas? Muchas muertes has presenciado y has realizado.

—Pero nunca con rastreos bajo tierra, sino a cara limpia, y frente a frente. A ti estoy dispuesto a perdonarte todo, menos acción de tal cobardía.

—Prescindo, de ti.

—No podrás… Escucha… No te bastarán cien cabezas españolas. Añade la mía como regalo de boda. Así lograrás que me calle, porque si en pie sigo, a ella le diré cómo te aliaste a un jíbaro para abrir cloaca de malos instintos.

—No son malos mis instintos.

—Pero permites que se desfoguen los de tus jíbaros.

—Con ellos viniste aquí.

—Por fuerza ahorcan. Y aquí estoy tratando de evitarte la definitiva caída…

—Cesa de gastar en vano elocuencia, don Diego. Nada ni nadie impedirán mi propósito.

Y alejóse Cheij Khan acercándose al lugar donde, entre la tupida arboleda y tras las empalizadas, varios jíbaros, con sus machetes segadores, iban diestramente abriendo zanja en el blando suelo.

Diego Lucientes adosóse contra un tronco. Presentía la más grave tragedia, con resultados irreparables…

Estaba tratando de aclarar sus pensamientos en busca de solución, cuando observo fijamente los síntomas de una repentina alarma que se manifestaban en todos los jíbaros.

Miró hacia el castillo, pero seguía con el puente levadizo cerrado, y sin humareda en sus almenas guarnecidas.

Y no obstante, los salvajes acurrucábanse, dispuestos los arcos y las flechas, que instintivamente preferían a las armas de fuego de los civilizados.

Un silbido surcó los aires, extraño y amenazador…

Junto al tronco ocupado por Diego Lucientes, un venablo acababa de hincarse, vibrando, en el suelo.

—¡Repámpanos! ¿Qué es eso?

—¡Las Damas del Arco!—exclamó Huaranca, preso de visible temor.

—Pero… ¿cómo es posible? No pueden salir del Edén sin permiso de Tumuc Humac, y éste no puede…

—Es venablo de reina. Es el venablo de Nina Huarmi, la reina de las Urpi—dijo Huaranca, arrancando del suelo el vibrante junco rematado en ancha hoja de hierro.

—¿Dónde están?—inquirió Lucientes, perplejo, mirando a su alrededor.

Pero sólo veía bosque, árboles, matorrales y césped.

Cheij Khan acudió corriendo.

Los jíbaros, pegados al suelo, elegían sitios estratégicos. Otro silbido surcó el aire, y esta vez pudo precisar Lucientes su sitio de origen.

A lo lejos la hojarasca de un alto árbol removíase aún… El venablo se hincó junto a sus pies.

—¡Vaya! ¿A que la han tomado también ellas conmigo?—masculló, parapetándose tras el árbol.

Inclinóse Cheij Khan para arrancar el segundo venablo.

En la hoja de acero había una corteza de árbol, que estaba atravesada por la mitad.

Estaba escrita en tinta roja vegetal, con punzón.

Leyó Cheij Khan y lo tendió a Lucientes, que boquiabierto fué leyendo:

> “Las Damas del Arco tienen antigua querella con los jíbaros. Tumuc Humac ha muerto. Tengo que hablar contigo Diego Lucientes…”

Las dobleces de la corteza arrugaban la otra línea:

"...Camina al Noroeste hasta que te salga al paso Nina Huarmi. Tú solo.

"Conde Ferblanc"

Cheij Khan contempló a su amigo:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Lo preguntas? ¡Ir ahora mismo!... ¿O piensas impedírmelo?

—No.

—Mejor.

—Dile al conde Ferblanc cuanta quieras. Dile que si piensa lanzar a las amazonas contra mis jíbaros, perecerá...

—No sabes a qué viene.

—Tú lo sabrás. Sigue andando como te ordena tu dueño y señor. Ningún jíbaro puede acompañarte, porque muerto Tumac Humac, la guerra renace entre ellos y las Damas del Arco.

—No quiere guerra el hidalgo Lezama. Es mucho hombre para meterse a acaudillar comadres, y aplastar enanos.

—Entonces, ¿por qué los jíbaros perciben que están sitiados y cercados por las Damas del Arco, que les son hostiles?

—Todo se aclarará. Por ahora, yo sé tanto como tú mismo. La última noticia que tuve del hidalgo Lezama era que estaba preso en poder de Tumuc Humac..

—Ahora ahí estará agazapado... ¡Maldición sobre él!

—Calla, muchacho. ¿Por qué lo maldices?

—¿No comprendes, o haces ver que no comprendes?

—¿El qué?

—¿Quién está en la fortaleza además de tu hija?

—Ah... Mireya.

—Pues claro está, que el conde Ferblanc me ordenará levantar el sitio, y yo no soy como tú, su perrillo faldero.

—Estás furioso... Por eso no me quiero poner a tu nivel.

—Dile a Ferblanc que uno de los dos está sobrando aquí. Y es él, porque mayor es mi derecho...

—Estás diciendo necedades. Tus jíbaros tienen "jindama"... Ahora son ellos los que están entre dos cercos. Allá la fortaleza, y allí las comadres del arco.

—Pareces gozoso.

—Sí. Porque esto sólo lo podría arreglar un hombre... ¡Y este

hombre se ha presentado!

—Aquí aguardaré tu vuelta, para comunicarme qué intenciones trae el conde Ferblanc.

—Te habrán de favorecer, "Chacal".

—Lo dudo.

—Ya lo verás. Tú y yo no íbamos a resolver esto. No intentes nada desesperado.

—No soy necio. Comprendo que al igual que los de la fortaleza, yo estoy sitiado, pero si mis jíbaros han de defender sus vidas, sabrán hacerlo, Y yo...

—Hasta pronto, buen mozo.

—Partes alegre.

—Carlos Lezama está libre, y sólo Carlos Lezama podía resolver este enojoso asunto.

—La confianza que en él depositas es irrazonable.

—¿Por qué?

—¿Quién no conoce la endiosada seguridad del conde Ferblanc?

—No ha mucho me dijiste que ya no le tenías odio. Si estás vivo, a él se lo debes.

—Pero ahora ha venido a entorpecer mi deseo. Presiento lo que te dirá. Que levante yo el sitio...

—Ni tú ni yo sabemos lo que dirá. Ni siquiera sabemos por qué milagro, de prisionero ha pasado a ser el que envía mensajes por medio de los arcos de las amazonas. ¡Repámpanos! ¡Quizá esté preso!

—Más le valdrá si así es. Porque libre, a mí, hombre también libre, no me impondrá su autoridad.

—Aguarda, Cheij. Tengo la certeza de que como resultado de mi entrevista con el conde Ferblanc todo saldrá bien... ¡Y si no fuera así, al menos dejarás de cometer acción que para siempre te cortaría el paso a una vida honorable!

Hizo Lucientes un amistoso gesto, intentando colocar su diestra sobre el hombro de Cheij Khan.

Pero el hijo del Pirata Negro se retiró un paso, y hoscamente, dijo:

—Hasta pronto, Diego Lucientes. Aquí espero.

—Como quieras, hijo. No me ofendo que rechaces mi gesto de amistad. Comprendo que la inquietud te devora... Ves de pronto que

las Damas del Arco y el conde Ferblanc parecen surgir como por milagro para impedirte lo irremediable…

—Si comprendes que la inquietud del acosado me devora, no la prolongues. Sigue las indicaciones de tu hidalgo y que sepa él, que dispuesto esto estoy a todo.

Alejóse Lucientes para internarse en el bosque, llevando en alto el venablo donde de nuevo atravesó la corteza escrita.

Los jíbaras continuaron agazapados, tensos los músculos, mirando de vez en cuando a Runa Cuntur que permanecía meditativo.

A lo lejos, erguíase, inconmovible y majestuosa, la silueta de la fortaleza sitiada…

FIN

Próximo episodio:
Manada de lobos